

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**Rector:**

Dr. Octavio Rivero Serrano

**Secretario General**

Dr. Raúl Bejar Navarro

**Coordinador de Extensión Universitaria**

Lic. Alfonso de Maria y Campos

**Director General de Difusión Cultural**

Lic. Fernando Curiel Defossé

**Jefe del Departamento de Talleres, Conferencias y  
Publicaciones Estudiantiles**

Lic. Marco Antonio Campos

**Coordinador: Mariela Cuervo Vergara**

Cecilia Martínez Núñez

**Responsables de la colección:**

Marco Antonio Campos, Fernando Curiel,  
Margarita García Flores.

PRIMER LUGAR

VIÑETA

Ramón Andreu Dalmau



# PUNTO DE PARTIDA

---

Número 72

Dirección: Marco Antonio Campos

Jefe de Redacción: Mariela Cuervo

Secretaria de Redacción: Georgina Hernández

Dirección General de Difusión Cultural

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Departamento de Publicaciones, Radio UNAM, Adolfo Prieto Núm. 133, México 12, D.F. Precio del ejemplar en la República Mexicana: \$ 5.00 M.N. Números dobles: \$ 10.00 M.N. Suscripciones por seis números: \$ 25.00 M.N. Números atrasados: \$ 10.00 M.N. Números dobles atrasados: \$ 20.00 M.N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio con una copia en las oficinas de la Revista Punto de Partida, edificio de Difusión Cultural en el Centro Cultural Universitario, C. U., de Lunes a Viernes de 10:00 a 12:00 horas.

---

## Sumario

---

### POESIA

#### PRIMER LUGAR:

Desde la mano en alto 5 Benjamín Valdivia

#### SEGUNDO LUGAR:

Apuntes 9 José Luis Alcuilla Suárez

#### TERCER LUGAR:

El tiempo me preocupa 16 Leticia Pérez Rosales

### CUENTO

#### PRIMER LUGAR:

Un viernes en la Zona Rosa 20 Rocío Valencia Pulido

#### SEGUNDO LUGAR:

Cursi historia de amor 31 Ana Elena Gómez Clavel

#### TERCER LUGAR:

Pasaje incompleto 36 Ana Elena Gómez Clavel

### TEATRO

#### PRIMER LUGAR:

Cinco después de las siete 43 Claudio P. Castro Campillo

#### SEGUNDO LUGAR:

El alma de Joel Paredes 61 Benjamín Valdivia

#### TERCER LUGAR:

El cuervo y el zopilote 86 Claudio P. Castro Campillo

### VIÑETA

#### PRIMER LUGAR:

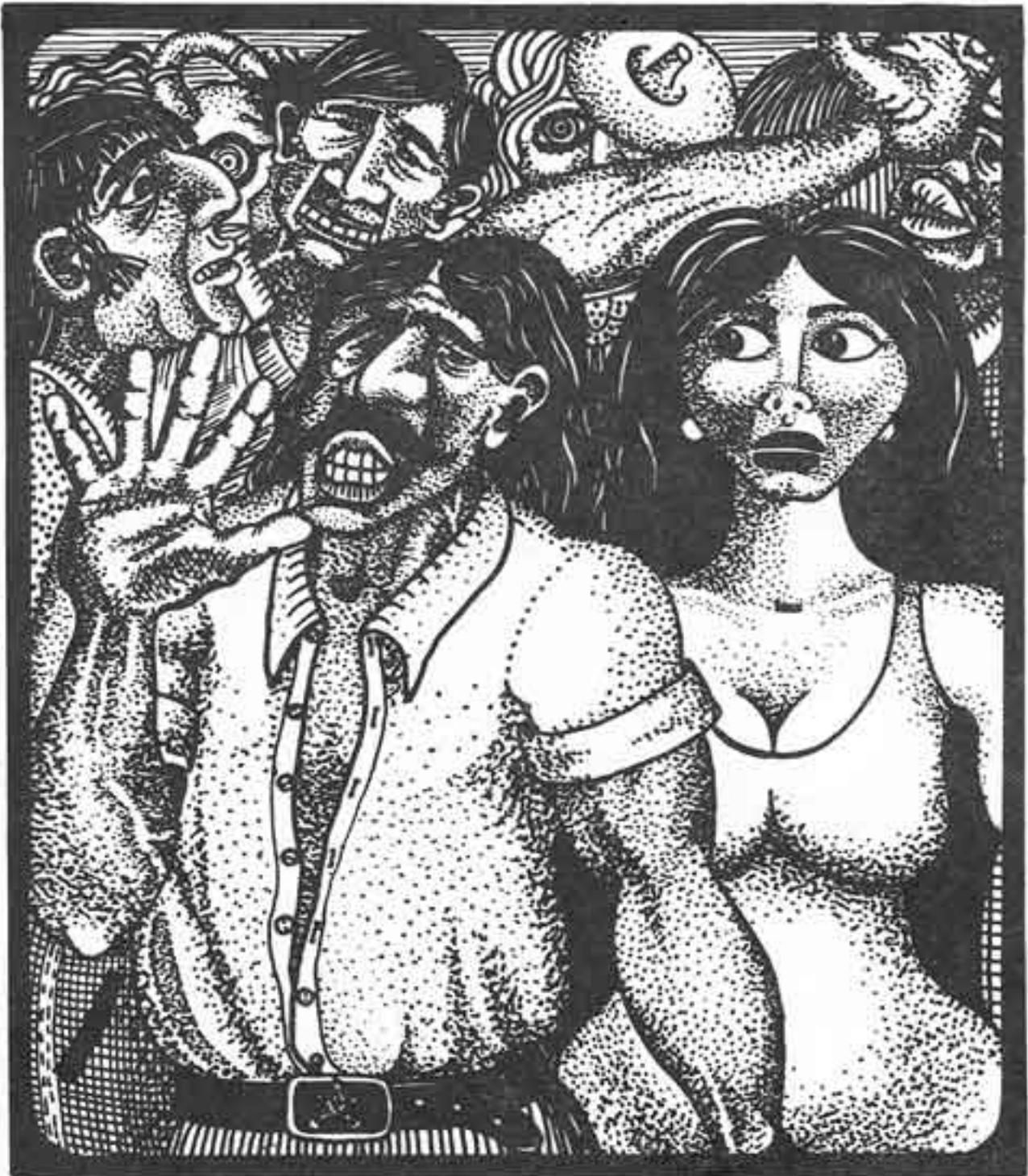
Ramón Andreu Dalmau

#### SEGUNDO LUGAR:

Yolanda Nora Pérez Tejeda

#### TERCER LUGAR:

Sergio A. Pérez Sánchez



CANALS  
81.

---

# POESIA



1er. LUGAR

DESDE LA MANO EN ALTO

*Por Benjamín Valdivia*

## LISTA DE PRESENTES, INCLUYENDO AL LECTOR

Está el que asaltando loros andaba por la calle  
de la amargura a la amargura como de una mano a otra.  
Está el que nació llorando y murió llorando  
y en vida sus ojos fueron más tristes  
que los ojos de los ciegos o la mirada del burro.  
Está, déjenme ver,  
el chacalón prostibulario con su traje,  
está una hermana caminando por la mesa,  
está la sal en la cocina,  
el hambre debajo del mover de los pulmones  
y la falda azul  
con que te amaba en la noche de los tiempos.

Está el sobre vacío con la típica  
carta que nunca envié,  
está el alambre de la luz,  
está la silla bocabajo y la silla bocarriba  
meneando su respaldo como un baile.



---

Ay por la ciudad, que está dormida:  
nadie entiende la sutileza de su ruido:  
es una especie de noche desde una ventana  
que baja como la presión de un enfermo  
o de un loco gritando banana, anana y guanábana,  
de un vidrio por donde la noche mira  
y por donde puede llegar la cara de un amigo  
siguiendo paso a paso  
la caída de las viejas costumbres,  
la soledad, especialmente.

## DE TARDE

De tarde en tarde hablas con recuerdo  
y sales al balcón:  
pasa el amor tomado de la mano,  
el sol se deshace al horizonte  
y un pájaro parte la vida en dos mitades.

De tarde en tarde dejas la puerta abierta  
y esperas a que llegue  
el que borrará tu memoria con un beso.

## SOBRE UN AFORTUNADO PAPEL DE FOTOGRAFIA

Qué sé yo si estás callada frente al piano  
o si estás cocinando  
un guiso especial a la naranja  
o si puedes hacer un arco perfecto con el pie  
(ese pie con que te haces bailarina).

Y qué sé yo si hay momentos que quieres olvidar  
o si te detuvo el recuerdo sobre el piano  
(sobre un afortunado papel de fotografía).

A mí me importa poco  
que solamente pintes a una mujer  
tocando violín delante de un fondo de estrellas  
o un paisaje europeo copiado de un viejo calendario.

Lo que sí me deja callado es tu voz,  
tu voz que habla el mismo color de tu pelo.

---

## ESA ERA GENTE

Hacía un sentimiento amarillo en el ruido de la arena:  
el tambor hacía su danza.  
Si se quitara un sólo color a esa cadena,  
si un granizo, no sería lo mismo.

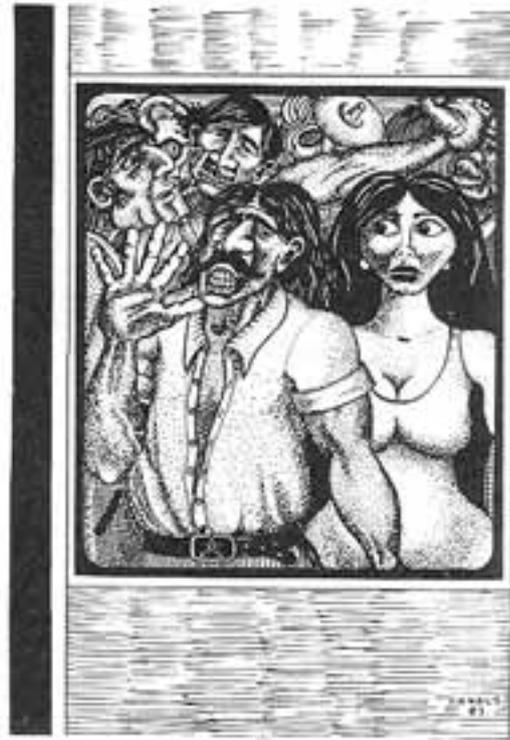
Esa era gente que tocaba la flauta todavía,  
que se reía de casi todo y del gobierno,  
que cantaba en la lengua de los antiguos pájaros  
y tal vez eran pájaros ellos mismos.  
Es gente que corrió cuando quisieron marcarla.

Hacía también un libro opaco y amarillo  
que leíamos para saber cómo se vuela:  
cabalgábamos en un lomo de libro como en un caballo  
de papelería  
con hilos negros de tinta.

¿Dónde quedó ahora la tranquilidad para pasearse?  
¿Volveremos a ser esa gente ante tantas amenazas?

No se pierda el próximo número.





## 2o. LUGAR

### APUNTES

*Por José Luis Alcuilla Suárez*

#### ERA DEL CAMARIN, LA GRACIA. . .

¿Por qué se empezó a enroscar  
el tallo, las flores, las luces?

Bordaremos las piedras  
hasta hacerlas transparentes

Balcón —trasero—  
muselina floreciendo.

Como Balthus te pintaré  
en el cuerpo  
clases de música.

De encino el nicho  
palomas en la cama.

Mordiendo la cúpula  
olorosa de un limón.

¿Dónde están tus nalgas marinas?

---

En el río  
una cascada verdeando.

El incienso es semen dormido.

Mi ensueño sólo será posible  
si puede ser sueño para otros.

En los tobillos,  
cúpulas.

Murió  
por haber esparcido  
demasiado su perfume.

No habrá suficientes flores  
cerca del agua viva.

Entre espárragos y mandarinas.

Se oían danzas  
en las aguas azules.

La cama es un río.

El camarín  
es la fiesta de la cúpula.

La mujer es el cisne.

En la mesa  
el reflejo de una vinajera  
bogando con la blancura.

Narcisos,  
narcisos en tus senos.

En la cama  
una leche  
profanada de corales.

Pintarán  
Rembrandt a Elena Fourment  
—día—  
y Rubens a Saskia,  
—noche—

Tu cintura  
eternidad de los cipreses.

---

---

El dorado semen de mujer  
enrojece con el contacto de la luz.

En el mapa de tu continente  
el azulado estrecho de Gibraltar.

Tus senos tocando el laúd.

Si vienen por los espejos en la mañana  
vendrán por las camas en la noche.

Quiero que añil,  
me muerdas!

Si la lujuria es el follaje,  
la cúpula es el paraíso.

## BOTARELES DEL AIRE

Cúpula,  
caricia de volutas enrollándose.

Hágase la luz  
de las campanas!

El vuelo del pozo

Jack Livi me mira  
—los ojos tentaleantes—  
como el verdadero autorretrato del Greco.

Tu cama tendrá  
—léxico de la almohada—  
una cúpula de espejos.

Azulejo  
—Paolo Ucello—  
voluntad de bosque.

Encontrarás petrificada,  
la huella de mi entrada  
en tus minas de rubíes.

Cuando se descubrió América,  
Durero se pintaba su autorretrato con flores.

---

En los árboles,  
un oleaje intermitente.

En la cama desnuda  
olvidaste tus ombligos.

El caracol no es una escalera  
es un litoral enroscado.

En los dedos,  
lagunas.

Tu sexo  
                  —bisonte—  
voluptuosamente  
                  prehistórico —arquero—.

Desnudándote al espejo  
parecías una santa.

Hay arbotantes que están  
a punto de volar.

En los muslos enlazados,  
amor al espejo.

Sombra de tu cabellera,  
flamingos azules.

Irrestricada libertad de orgasmo  
y paisaje.

La sed  
                  de las baldosas  
en verano. . .

Bermeja eres,  
                  oceánicamente lila.

Una cúpula es  
todas las cúpulas posibles.

Sonidos, contrafuertes y silencios.

Reinversión del frenesí capital  
de los pecados.

Volver a hablar del aire  
y los tulipanes.

---

Eternidad de las ingles  
—Rubens—

y la cadera:  
Ven, amarillo. . .

## Y UNA SENSACION DE AZULEJOS

Hay que vivir en el aire  
en el ladrillo, en el mosaico,  
en el aire.

Cada letra, cada sueño,  
en la página  
de cuerpo entero.

Oscuridad hermosa,  
cristal de los colores.

Placer —según el diccionario—  
de lo que somos:  
Pesquería de perlas  
en las costas de América.

Espejo,  
luz purificada.

Por qué la santidad  
del invernadero  
no puede ser plateada!

Mi hombre, con el pecado  
original de las cascadas.

No creo en la sed a tragos.

Ver, oír, oler, morder  
y, oh plata, tocar.

Nos tendremos que morir  
—abrazo de los muslos—  
con la lluvia en las baldosas.

Se llevaron la plata  
y nos dejaron el espejo.

---

En el retablo  
—flanco—  
de tu seno.

Una máscara de turquesas  
nos enceguecía  
en la delicia intacta de sus nubes.

La cúpula es la cripta.

Las nueve fuentes del cuerpo.

Mosaico,  
acuarela al aire libre.

Si el río se mueve  
trae un afluente adentro.

¿Quién ha dicho que no se puede  
hacer el amor al agua?

La piedra es el convento.

Mosaico,  
esplendor hecho pedazos.

En el vino,  
los labios.

Un ladrillo inventa  
otro ladrillo, inventa. . .

Hay azulejos  
que huelen a clavecines.

Ajedrez,  
filosofía del mosaico.

En el año 999  
se inventan —caleidoscopios—  
las ventanas  
de cristal coloreado.

El aire,  
la cúpula  
en los labios.

Hay quienes sueñan por otros

El azulejo es el vuelo

---

Algunos reflejos parecen mosaicos.

Agua, leche, vino, miel,  
hechos vitrales.

Crepúsculo tibio —Bach—  
azulejos en la fuente.

Le celosía respira,  
y sólo se oye  
el tropiezo de la ropa  
que al suelo cae.

Y una llovizna  
se te queda escurriendo  
en los pechos,  
como en una catedral.

Que nos lleve  
la cúpula,  
el sol. . .!





### 3er. LUGAR

#### EL TIEMPO ME PREOCUPA

*Por Leticia Pérez Rosales*

#### UNO

El espejo carcomido de humedad me mira  
y me hace bajar el rostro,  
y tentarme los senos y las piernas,  
me dice que me pinte y me ponga una faja  
sobre mis carnes blanquecinas. (¿Por qué?)  
Me mira con desagrado el color de mi boca.

—Lo siento ya no hay tiempo, tengo que irme.  
Llega por mí el peribús y luego la ruta uno.  
Traigo el bolillo atorado en la garganta  
y las pantaletas en la mano.  
Si me viera él me pegaría.  
Pero no está. . .  
¡Claro! a nada tendría que ir conmigo ahora;  
lo vería al llegar del trabajo.

—Te traje tus nueces y dos nuevas revistas.  
Pornográficas ¡por supuesto!

---

Me da miedo la idea de no volverlo a hacer.  
Como antes, cuando existía.  
¡Chac! ya está, a empezar de nuevo  
a bordar un día  
Me voy a hacer con ellos un mes  
que me proteja de los fríos mientras llega él.  
Definitivamente el paso del tiempo me hiere.  
Me clava el segundero debajo de la falda  
y me hace llorar a segundos enteros.

—El paso de los autos me molesta, Señor.  
Acabo de matar una mosca.  
Lloraba en mi cabeza, el tiempo la violó.  
tac, tac, tac, “México, D.F.”  
Me clavo las uñas en las piernas.  
Me muerdo los labios a escondidas.

—No podemos atender su petición, lo siento.  
Me estoy entregando al tiempo  
y él me entrega sus besos en la cara.  
Ha empezado a besarme el cuerpo,  
se me va a notar mi adulterio con él  
Qué bueno que murió la mosca.

## TRES

En este día me resta restar los minutos  
a la suma del tiempo.  
Con fumadas de cigarro,  
con tacones en las calles,  
con lecturas de matanzas  
para agrandar imperceptiblemente (¿será?)  
la edad de mis arrugas juveniles,  
que con resta y resta  
se irán haciendo suma de tiempo  
en mi rostro mismo, (el mismo de hace años)  
y cuando llegue a hacerse la suma total  
de los ojos escondidos y de las carnes colgadas,  
la resta será a la inversa,  
a la suma total de mi máscara  
le quitaré un par de lustros;  
para lustrar un bastón de caoba,  
un gahné de satín color rojo,  
unas gafas oscuras,  
y una cuenta de operación facial. . .

---

## CUATRO

Al llegar al funeral del día  
me acuesto sobre mi piel cansada,  
la misma piel que disfruta mi amante,  
la que se sienta frente a mi escritorio.  
Y me preocupa su cuidado.  
Me como la torta de queso desabrido  
y el vaso de café sin azúcar,  
—Señorita, no puede comer ahora.  
Acabo y me deshago de mi amante,  
lo cuelgo en un gancho de “el ropero”.  
Ahora vuelvo a estar sola,  
mi imaginado amante me mira,  
me gozó todo el día y se queda satisfecho,  
con la rutina en sus líneas,  
sintiendo aún entre sus hilos,  
mi cachondez sin importancia.

## CINCO

El sin nombre podría llamarte. . .  
en mis correrías amorosas jamás me lo dices.  
Me tomas por esposa una noche.  
Cuando me encuentras en la calle,  
cuando me haces la plática en el camión,  
cuando marcas equivocado y preguntas quién habla,  
cuando levantas mi encendedor en la calle,  
y te acercas a mi banca de las siete en la alameda  
y me preguntas una calle.

No tengo nada que hacer, si quieres te acompaño,  
y me preguntas mi nombre,  
me pongo a llorar en tu pecho  
y me entrego desbordante en tu lecho. . .  
y me tomas por esposa en una noche.  
“Y vivieron en un castillo muy felices”.  
. . . Y desvarió. . . y desvarió como siempre. . .  
Otra vez olvidaste decirme tu nombre. . .



# CUENTO

UN VIERNES, EN LA ZONA ROSA

*Por Rocío Valencia Pulido*

Como siempre Candy habla sin parar, tu le escuchas y dices por tercera y cuarta vez: sí claro, el hijo de su chingada madre. Ella prosigue, indignada, con el resentimiento de siete años de casada, y aunque sientes sus problemas ajenos a ti, oyes como un eco la voz de tu hermana mayor: "Sí, al principio yo también decía que nunca me divorciaría de Ernesto, y ahora ya no lo soporto, ya no lo aguanto más". Al principio, al principio, sientes que tú estás al principio, y temes llegar a los siete años de casada.

Candy con los ojos fijos en sus problemas íntimos, mira hacia el frente el pesado tráfico, y dice en voz baja, con su voz grave: tiene una semana de estar llegando a las cuatro o cinco de la mañana, pero ni siquiera una vez le he preguntado dónde ha estado. Te sientes levemente harta de sus quejas, ya que después de todo no te identificas con ella, y preguntas con tu voz suave: Bueno Candy ¿por qué no te divorcias? Guarda silencio sorprendida, su boca, pintada con un rosa nacarado para hacerla más pequeña dice: me da hueva, imagínate, tener que ir dos o tres veces por semana a los juzgados, pelear la patria potestad de Jorgito, porque eso sí, tengo la seguridad de que mis suegros con la de dinero que tienen, harían todo lo posible por quitarme al niño, alegarían cualquier cosa en contra mía. Te acomodas en el asiento, vuelves el rostro hacia ella buscándole la mirada en un gesto de complicidad, se miran un segundo, primero gravemente, después, reprimiendo una sonrisa. Candy suspira y dice aferrándose al volante: me aterroriza que puedan probarme algo.

—Mira a estos idiotas de aquí al lado, Paty, ya ligaste. Ríes.. Los del coche del carril lateral miran tus dientes, sientes sus miradas y en un acto mecánico humedeces lentamente tus labios con la lengua. —Es a tí, Candy.. —Eso es lo que me pregunto Paty, que chingados te ven a tí, yo soy más alta, tengo mejor cuerpo que tú, ando mejor vestida, tengo más personalidad, y sin embargo, todos los hombres que conocemos se enamoran de tí. Ríes. —No Candy, no es verdad, y además yo no voy a interesarme en nadie, tú sabes

que sólo quiero a mi hija. —Tienes razón Paty, sólo hay que preocuparse por los hijos. . .

Candy no continúa, baja rápidamente el cristal de su ventanilla y comienza a gritarle insultos a la mujer que conduce el auto delantero, oprime una y otra vez el claxon, tratando al mismo tiempo de darle alcance; la mujer voltea con el rostro tenso, tratando de buscar insultos para contestar a Candy, que dice uno tras otro sin que lleguen a agotársele nunca. Cuando la mujer queda justo frente de tí, Candy ha callado, la mujer va a decir algo, pero queda mirando fijamente tu rostro, abre la boca y tu sonríes y le dices sin gritarle: lesbiana. La boca de la mujer sólo deja escapar un sonido y Candy ríe escandalosamente — ¡vieja pendeja! —dice ella, siempre que uno les dice lesbianas se quedan mudas. Candy acelera abriendo el escape. Y tú le dices: creo que en aquella esquina está Coco.

Coco les hace un saludo con la mano y Candy le contesta sonando el claxon, tú examinas atentamente la ropa de Coco y desechas rápidamente tu impresión de que es sólo una putita simpática, miras su ajustado pantalón de terciopelo, su pequeña camiseta de amplio escote y vuelves a sonreír, en realidad te agrada su manera de vestir, su forma de ser, bromeando siempre, hallando en todo, motivos que puedan hacer reír a la gente que está alrededor de ella. Tú en cambio, nunca podrías ser el payaso de una fiesta, y sin embargo, sonríes siempre, pero es un acto mecánico, aprendido desde niña, cuando tu padre te dijo que tenías los dientes más perfectos y hermosos del mundo y que debías sonreír para que la gente los viera; ¿recuerdas?

Coco entra rápidamente, si tardan más, no me encuentran, por otro y empiezo con un idiota que me decía: ándale mamacita, te doy seiscientos, se notaba que no era de aquí el muy pendejo. Candy ríe, y mientras su risa llena el interior del coche, tu mente repite: . . . se notaba que no era de aquí. . . se notaba que no era de aquí, sientes cómo tu estómago se contrae involuntariamente al recordarle, a él y su marcado acento que tiene al hablar. Pero recuerdas también tu decisión de darle el mínimo lugar en tu vida y le preguntas a Coco, ¿Qué pasó manita, arreglaste lo de tu hipoteca en el banco? Sí mana, y vieras cómo me gusta ir todas las mañanas a dejarle mis documentos al abogado, siempre cuando llego al banco, luego luego lo veo, parece que lo estuviera viendo, esperándome y güerito, como me gustan ¿sabes qué me dijo ayer? que tenía un hermano que era arquitecto, que si yo quería, le decía y él me podía ayudar en la construcción de mi casa. Pero, ¿sabes qué fue lo más suave? ahora en la mañana que me dice que si podíamos salir juntos el sábado. Tú sonríes, preguntas con tu voz débil: Y tú ¿qué le contestaste? Pues qué le podía yo decir, que los fines de semana mi esposo y yo y mis hijos los pasábamos juntos. Candy deja escapar su risa estridente, que nunca te ha gustado, que incluso te molesta y dirigiéndose a Coco pregunta ¿Y nunca piensas salir con él? —A lo mejor, manita, a lo mejor, pero con este la voy a llevar con mucho cuidado, porque me gusta en serio. —Invítalo aquí, a la Zona —dice Candy— ¿Aquí? no estoy loca, de esto ni madres.

Las interrumpes, casi gritas, has visto el hotel Holiday Inn, y te ha parecido formidable ¿por qué no dejar ahí el coche? Aquí Candy, por favor, deja el coche en el Holiday, ¿sí Candy?—Bueno— dice Candy sin darle importancia al frenazo del coche de atrás girando rápidamente el volante para entrar al estacionamiento. Sientes los brazos de Coco alrededor de los hombros y oyes su voz junto a tu oreja que pregunta ¿Oyes mana, por qué siempre hablas como una niña? pareces una chamaquita. —No, dice Candy bajando del

auto—, no tiene la voz de niña. No, pero la tiene muy rara, siempre cuando me habla por teléfono no sé si me está hablando mi hijo o ella.

Candy da las placas al encargado del estacionamiento, le da las llaves, recibe el talón y al guardarlo en su bolsa dice: Cuando yo la conocí ¿nunca te conté? Estábamos las dos esperando a Agustín, y de repente que se voltea y me dijo, como si me estuviera diciendo un secreto, ¿oye, no me das un dulce?, que agarra y saco de mi bolsa uno que me había dado Jorgito en la mañana, pues lo cogió, lo desenvolvió y ¡zas! que se lo mete a la boca. Te juro que creí que estaba loca o haciéndose la payasa o no sé qué, si tu la hubieras visto, todo lo hizo como una niña de tres años. Coco te abraza formando un aro con sus brazos y te pregunta, acercando tu rostro al tuyo, ¿Oyes mana, y ya derecho, acá entre nos, cuántos años tienes? Veintidós, Coco, de veras, no estoy diciendo mentiras. —Bueno ya, corta Candy, mejor pónganse listas, a ver si pescamos algo bueno esta noche.

Respiras, en realidad no te agrada que te digan que pareces una niña, todas las personas que conoces tarde o temprano terminan diciéndotelo, y siguiendo tu costumbre de borrar instantáneamente todo lo desagradable, te apretujas contra Candy y contra Coco y tus ojos procuran fijarse en cada una de las tiendas y cafés que pasan a tu lado, como rozándote, pegándose a tu piel; tratas de leer incluso, los nombres de las calles: Niza, Havre, Florencia, Liverpool; después de caminar varias calles, se detienen en una plazuela, donde un hombre improvisa pantomimas, empujando con los codos a la gente se colocan hasta el frente. Miras fascinada el rostro blanco, que se vuelve hacia ustedes y se dirige precisamente a tí, tu sonríes, él hace parodias de tu modo de sentarte, finge que te quita el rostro como si fuera una máscara y comienza a portarse como una ridícula señorita, la gente ríe, y te mira, de pronto él se enfada y con un gesto de su mano te regresa tu rostro, entonces su pantomima expresa algo de irse los dos a la cama, la gente ríe y aplaude y él hace una ondulante mímica de cómo te haría el amor, es entonces cuando sus labios se contraen y en una amplia sonrisa, saca la lengua como si lamiera algo, tu te fijas por primera vez que sus labios están pintados de un carmín intensamente rojo, intencionalmente él deja escapar un hilo de saliva que escurre lentamente por una de las comisuras, que al revolverse con el carmín, dá la impresión de ser un hilo de sangre; y sientes, no puedes evitarlo, que tu rostro pierde su sonrisa, que has palidecido, que te duele el estremecimiento entre las piernas.

Coco se da cuenta de tu incomodidad, tú te desesperas por el temor de que ella pueda adivinar lo que realmente te pasa y palideces aún más, ella te rodea con sus brazos y oyes muy lejos la voz de Candy —vete a la verga pinche payaso—. La gente las mira, se ríen, un grupo de muchachos con los ojos vidriosos dicen calmadamente: han de ser novias.

¿Te asustaste manita? —pregunta Coco, levantando tu rostro— ¿quieres un refresco? Sientes que Candy se ha impacientado, está enojada contigo porque quizá quería seguir caminando. Por fin su voz áspera dice: Vamos a meternos al Denny's ¿no Paty?, así te calmas y a lo mejor y allí agarramos algo bueno; yo no sé por qué te pones así por un payaso. No es un payaso —dice Candy—, es un mimo; le ha de haber dado verguenza ¿te dio pena Paty, que te haya hecho esas señas delante de la gente? Asientes suavemente con la cabeza. Te digo —dice Candy— ésta parece un bebé. Tus ojos claros se fijan en Candy, algo te duele adentro del pecho, recuerdas casi como lo vivie-

ras por primera vez, aquel disgusto con Fernando, cuando te dijo que le daba la impresión de que en vez de tener una esposa y una hija, tenía dos bebés porque tu no sabías hacerte cargo de las responsabilidades de la casa, que no sabías administrar el dinero, que te daba su sueldo íntegro y a la semana ya te lo habías acabado, y cómo al final de la discusión te tomó en sus brazos y te dijo: Te quiero, aunque seas una niña, y a tí te desagradaron sus palabras, y pensaste que sólo había una persona que tenía derecho a considerarte una niña, después de tu padre muerto: él.

Mira nada más, qué ojos tan bonitos, te interrumpe un muchacho alto, vestido con pantalones de mezclilla, Candy incómoda de que se fijen primero en tí, te toma de la mano y tira de tí siguiendo al mesero que les ha conseguido una mesa en el fondo del restorán, el olor a cigarro y perfume te envuelve rápidamente, oyes cómo los pasos de Coco, que viene tras de tí, se confunden con el chirrear del aceite hirviendo al recibir la carne húmeda; sientes cómo los ojos de toda la gente que está sentada se pierden en tu rostro, en tus ojos claros, en tu nariz, en tu boca, en tu abundante cabello oscuro.

¡Ay! al fin solas —dice Coco al dejarse caer pesadamente en el sillón—. Ni tan solas —responde Candy— allí se quedaron esos tres, continúa mientras sonríe ampliamente mirando hacia la puerta del restorán, y, mira Coco, están volteando para acá, lástima porque se ve que van a tardar en entrar, mira, mira, están bien chulitos —dice Candy sobándose las manos—, y tu te ríes de su gesto cursi, de sus palabras. La mesera trae las tres cartas y ustedes eligen rápidamente refrescos y pastel.

Tenía ganas de ir al D'Angelus ahora —dice Coco—. ¿En viernes? —grita Candy— no chulita, está llenísimo, además no podemos ni platicar con todo el ruidero de los pinches cantantes, yo donde tenía ganas de ir es a que nos leyeran las cartas, aquí en la otra calle, me gustó cómo nos las leyeron la otra vez. Estuvimos cuatro horas platicando, Candy, casi nos corren. Pero me dijeron la verdad Coco, que mi esposo se iba a fijar en otra. ¿En serio anda con otra? Sí Coco y ya me quitó todas las tarjetas de crédito y el gasto, olvídате, tiene como dos quincenas que no me da un quinto, pero fíjate cómo es de mula: estuvimos tres semanas sin hablarnos, pero lo que se dice sin dirigirnos una sola palabra, y ayer, que fuimos al cine con el niño y que le estuve hablando y todo por el niño, el muy idiota creyó que ya estaba yo contenta y en la noche ya quería, te juro que me lo agarré a patadas; ya no veo la hora de divorciarme de él.

La que te oye —se queja Coco— yo de plano ya nada más estoy esperando tener terminada mi casa, para decirle, ora sí mi hijito, para afuera, te me largas derecho a la chingada. Parece un puerco —dice Coco— nomás comer y dormir, te apuesto lo que quieras que se ha de sentir muy afortunado con una esposa que se está friegue y friegue en la casa con los mocosos y aparte está trabajando para hacerle su casa, y él feliz como una muchacha, a lo mejor es marica y ni él mismo lo sabe. Ríes, es absurdo, pero a tí te parece sumamente gracioso que se pueda odiar tanto a una persona y que sin embargo, sigan juntas.

¿A mí, sabes qué es lo que me choca? —dice Candy— llegar bien cansada de la mugre oficina y tener que llegar a hacer el quehacer, no quiero ni llegar, vaya, de veras que estoy super arrepentida de haberme casado. Y de lo que más me arrepiento —dice Candy, encendiendo un cigarrillo— es de haber

tenido hijos, ya no puedo hacer ni decidir nada, porque tengo que pensar en Jorgito, por eso mejor, aunque me las ví duras para juntar los treinta mil, cuando supe que estaba esperando al otro, mejor fui con el doctor Andrade.

Callan, la mesera llega con la charola de acero inoxidable y tú te aferras a la Coca, miras la hora en tu reloj, y no puedes dejar de sentirte impaciente, observas cuidadosamente a los muchachos que están en la caja esperando mesa, y tratas de elegir al que más te agrada, al que más se le parezca a él; tal como lo has hecho las últimas tres semanas. Pero piensas que el plazo aún no termina, que aún te queda media hora de esperanza. Media hora. Media hora. Oyes tu voz susurrante preguntarle a Coco ¿y tu marido Coco, no anda con otra? —Coco se atraganta con el pastel—, no hombre, si te digo que es puto, con trabajos y me satisface a mí, ya parece que va a andar con otra. Fíjate que eso es lo que más me choca de mi marido, yo nunca, nunca, tengo ganas, desde que nos casamos no lo he besado, con eso te digo todo, pero eso sí, cuando me empieza a estar jalando y me dan ganas, no me satisface, yo quiero más y él con una vez ya tiene.

Oye se me había olvidado —corta Candy—, habló tu hermana Mariana, que te avisara que el sábado la piden ¿en serio se casa? Sí tu crees, la muy pendeja —dice Coco con la boca llena de pastel— me muero de risa cuando los veo en la puerta agarraditos de la mano haciéndose la consabida confianza de la infancia, ya los quiero ver dentro de tres años, no hombre, dentro de un año. ¿Cómo sabes? —dice Candy sonriendo— a lo mejor tiene la suerte de Paty. ¿De veras no tienes problemas Paty? —dice Coco acercándose a tí— a ver, cuéntame, cuéntame, tienes cuatro de casada ¿no? y apoco todavía lo quieres. Sonríes, sonrías. Oyes tu voz suave decir: Claro que tengo problemas, un chorro, pero mi marido sí me comprende, le gusta que trabaje, que me arregle, y mira en eso del sexo, pues a mí tampoco me dan muchas ganas, pero cuando me toca, poco a poco me van dando ganas y me gusta. Yo no pienso divorciarme nunca, nada más quiero tener mis aventuras fuera, pero mi marido siempre estará primero. Candy ríe, Coco acerca su rostro al tuyo y arqueando las cejas dice: así, igualito, debería de pensar mi marido.

¿Nos dejan sentarnos con ustedes? —los tres muchachos están parados frente a la mesa, con sus pantalones de mezclilla y sus camisas chamise lacoste, jóvenes altos oliendo a loción, Candy se pega a tí haciéndoles lugar, y dice: claro que sí. Tu ladeas tu cabeza y la miras, sonrías, te recuerda a la serpiente pitón Kaa de la película el Libro de la Selva, de Disney.

Cuentas mentalmente, inconscientemente los minutos de la media hora, tal y como lo has hecho las tres últimas semanas, ahora tienes esperanzas, quizá estés rogando porque no muera, mientras tus oídos escuchan la conversación. Y tu preguntas si está sucediendo realmente, o si sólo estás recordando alguno de los otros viernes que has vivido ahí, en la Zona Rosa, con Candy y con Coco. Sus viernes, sus recuerdos.

¡Mírala!, se hace la que no oye, sí es vanidosa, tu voz se escapa, dices ¿qué? ¿qué cosa?. Juan te está diciendo que eres muy bonita —dice Candy— y te das cuenta por el tono de su voz y su mirada, que Juan es el chico que ella ha elegido. ¡Ah! no le había oído —dice tu susurro—. De veras oye, tienes un rostro precioso, sin ofender a tus amigas. Y los ojos de Juan se pierden en los tuyos, y al sonreír, sabes que él ya ni siquiera mirará a Candy. Sin embargo, vuelves a perderte, no escuchas ya sus comentarios acerca de tu be-

SEGUNDO LUGAR

VIÑETA

Yolanda Nora Pérez Tejeda



lleza, te estorba solamente, que no puedas pasear libremente tu mirada porque chocas con los ojos de los muchachos que te miran, sus bocas se mueven algo dicen, sientes cómo el aire que te rodea se confunde con la envidia y el resentimiento de tus amigas.

Y más importante aún sientes el reloj en tu mano, como si latiera por sí mismo, como si él también esperara. Y justo cuando casi has olvidado lo que esperas, cuando casi oyes que tu cuerpo empieza a decirte que no aguantará una semana más, ocurre, vuelves el rostro y ves el sombrero tejano en la entrada, miras, miras su rostro, su piel blanca, su perfil perfecto, su bigote.

Tomas nerviosamente tu bolsa y miras a Candy, ella alza los ojos y dice profundamente aliviada: ¡Córrele!, ahí está tu tío. Juan se levanta y dice: ¿Por qué te vas, te regañan o qué, si quieres yo hablo con el señor? No, no, de veras no. Ya me voy ¿me dejas pasar? ¿Déjame sí? ¿Me das tu teléfono? Sí, claro, pídeselo a ella. Sales, con prisa, con una gran alegría y te sientes cursi, tu y tu gran amor, como cualquier personaje de melodrama barato.

El sonrío, sonrío suavemente y te abraza, te va guiando rápidamente por las calles hasta su coche, vas en silencio, gozando lo más que puedes la tibieza y la cercanía de su cuerpo, cuando llegan ante el coche, él abre la puerta, y ya que está ante el volante, pone el seguro automático y te pregunta: ¿No tienes calor? Sí. El baja desde su asiento el cristal de tu ventana y sonrías, es algo inevitable, en cuanto oyes su manera de hablar te ríes. El aprieta tu mano al ir manejando y pregunta como siempre que llega desde que le conoces: ¿Cómo le ha ido, qué hay de nuevo? Nada. ¿Por qué nunca me cuenta nada, o qué, no quiere contarme? No, no es eso, lo que pasa es que siempre hago lo mismo, ir a la casa, al trabajo y venir los viernes aquí con las muchachas a divertirnos, sólo que ahora no me alcanzó el dinero para que fuéramos al Biblos a bailar. . . Y por qué no me pidió dinero la última vez que nos vimos. Callas, te molesta, tu rostro ha perdido su sonrisa, por qué tiene que ofrecerte dinero, por qué tiene que hacerte preguntas, para tí sólo hay una persona a la que puedes hablarle sin parar de tí misma: tu marido. Fuera de él nadie tiene por qué enterarse absolutamente de nada; creíste que aún sin haber hablado nada al respecto habían llegado al convenio de que nada se preguntarían, nada se dirían, todo sería como un recreo físico, recibir el placer, el dolor sin una palabra. Pero no, él insiste, insiste en preguntarte cosas cada vez que regresa, en darte números telefónicos donde puedes localizarle, tarjetas que tú siempre tiras, números que nunca aprendes.

Después de recorrer algunas calles en silencio, llegan al edificio de departamentos, el portero abre, procurando ser cortés, tú nunca has visto sus ojos. El elevador se abre sin que sus puertas hagan el menor ruido y sin el menor ruido se detiene también en el segundo piso, salen y él saca sus llaves para abrir el departamento 209, el silencio se abre para dejarte pasar y recuerdas el bullicio que te recibe siempre que llegas a la casa de tu madre. Sonrías, piensas en lo felices que se habrán quedado las muchachas sin tí, y casi escuchas sus voces que mañana en el trabajo te reprocharán el haberlas dejado por ese hombre tan viejo. ¿Viejo, cincuenta y nueve años, es ser viejo? Te gusta pensar que él tenía treinta siete años cuando tu naciste, cuando eras un bebé.

Te agrada que él empiece a hablar y te arrebatara de tus recuerdos. Acabo de llegar del rancho, ni siquiera he venido para acá, ya tenía ganas de verla, de volverla a abrazar. ¿Me has extrañado? ¿Tenías ganas de verme? Tu son-

rías, y sientes y ves sus suaves movimientos, como si vieras una película, cómo si fuera a otra a la que abrazan, a la que besan, a la que muerden, acarician y le dicen frases. El te carga y te lleva suavemente a la recámara. Te acuesta despacio encima de la cubre cama de color blanco, tu nunca pensaste que aquella vez que te preguntó cuál era tu color favorito, sería para decorar todo el departamento de ese color, empieza a quitarte una por una tus prendas de vestir, él besa las partes de tu cuerpo que van quedando desnudas, y te mira, sientes sus labios besarte una y otra vez el cuello, su bigote y sus labios murmuran detrás de tu oreja, lo mucho que te goza, su lengua se pierde en el interior de tus oídos, oyes su respiración agitarse y te aprietas contra él, contra su cuerpo duro y firme, él te aprieta y se tiende sobre tí, todo el deseo de estas últimas tres semanas se te amontona en el vientre; estás completamente desnuda, él te toma de la mano y apretándose a tu espalda, te conduce hacia el baño, en el pasillo antes de entrar, besa suavemente tus dedos. El entra primero y enciende las luces, sientes tus manos heladas, pero no tienes frío y sí en cambio, un eco de miedo que se mueve bajo tu piel, te sienta en un banco forrado de peluche blanco, y ya has terminado de contar los once focos, cuando él llena la tina de agua tibia y vacía en ella el contenido de uno de los frascos que se alinean en las repizas de cristal, es inútil que trates de leer las marcas, todo está en inglés. El se vuelve, así, mirándote fijamente, el eco vuelve a palpar bajo tu piel, te sonrío, te pide que le quites la ropa, lo haces, abrazándolo, besándolo, frotan sus cuerpos uno contra otro, lentamente, firmemente; sientes el agua tibia que se pega a tí, que se mete entre tus piernas y a través de las burbujas ves su rostro, sus manos levantan tus piernas y él muerde tus rodillas. Sientes todo el peso de su cuerpo sobre tí, te besa, su respiración se agita, muerde tus labios, una de sus manos, que antes apretaba tu espalda, se desliza a tu nuca y la acaricia, revuelve tus cabellos y tira fuertemente de ellos hacia abajo, tu cabeza se hunde completamente bajo el agua, el placer que habías sentido cuando te penetró se mezcla con la desesperación de respirar, abres la boca y las burbujas entran lamiendo tu lengua con su sabor a perfume, el placer revienta entre tus piernas y recuerdas, recuerdas antes de perder el conocimiento. . . aquella primera vez. . .

. . . Recuerdas que era la tercera vez que lo veías, la segunda vez que te había poseído, te había gustado, le disfrutabas, y sentada en el borde la cama, esperabas que te pusiera el suéter, después de haberte puesto él mismo tu bikini, tus medias, tu vestido, de abrocharte los zapatos, y de haberte peinado, muy suavemente, sin jalarte. Te habías puesto de pie esperando a que él terminara de peinarse, cuando él miro hacia el suelo y vió una toalla que él mismo había dejado caer sin darse cuenta, sin darle importancia, te dijo: Levanta la toalla y llévala al baño. Casi le obedeciste, pero al tenerla entre tus manos, sonreíste, sentiste no sé qué rebeldía y volviste a arrojarla en el piso, él te miró, te dijo: ponla en el baño, lo miraste, te reíste, se acercó; te estoy diciendo que la lèves al baño, vuelves a reír, muerdes en un acto sumamente infantil, tus uñas; la vas a levantar ahora mismo. Ríes, ríes abiertamente, por un momento sientes miedo, él toma una de tus muñecas y apretándola con fuerza, te empuja sobre la cama, al caer en ella giras con rapidez y brincas al otro lado. Frente a frente, con la cama entre los dos él todavía dice: Vas a obedecerme, nena, niña caprichosa. Y trata de darte alcance, pones una pierna en la cama tratando de cruzarla rápidamente para evitar que te dé alcance, es entonces cuando él se deja caer con fuerza sobre de tí, te duele, te duele mucho, forcejeas, gritas, él te pone sobre sus rodillas y comienza a pegarte una y otra vez, tu piel arde bajo tu vestido, gritas, pero él no parece escucharte, le has dicho que pondrás la toalla en su lugar, pero él no escucha, te pega, te pega; por fin, cuando ya no te mueves, te obliga a ponerte de pie jalán-

dote por un brazo, te lleva hacia la toalla, tú la levantas, él te empuja con fuerza hacia el baño, te golpeas contra la puerta, oyes el ruido seco que produjo tu mejilla al dar contra la puerta, ves tus manos cómo tiemblan al colocar la toalla, miras tus lágrimas correr en tus mejillas, regresas y él te toma rápidamente entre sus brazos, sientes, sientes su respiración que todavía está agitada, agitarse aún más, y empieza a quitarte una vez más prenda por prenda, toda tu ropa hasta sentirte totalmente desnuda, completamente pegada, adherida a él, se agita, se agita aún más, muerde tus hombros, tu pecho, tu espalda; sientes cómo lentamente su sexo entra en tí, y el estremecimiento comienza a aparecer adentro, al final, de pronto se arrodilla y comienza a jalar tu pelo, primero suavemente, después con firmeza, obligándote a levantar el mentón, su mano enorme acaricia tu rostro, lo recorre como un ciego, te dá una suave palmadita, sientes tus labios entre los suyos, que se mueven hacia tu pecho; ves su mano cuando ya te ha abofeteado, una formidable bofetada, descargando todo el peso de su cuerpo, gritas, el espasmo llega, llega, vuelves a gritar. . .

. . . Y tu grito de ayer se mezcla con el de hoy, has despertado cuando sientes un dolor punzante en el interior de la rodilla derecha, sientes que de ese dolor brota una cálida humedad, tratas de incorporarte, pero él te lo impide abrazándote firmemente, te besa, vuelves a sentir que todo se nubla a tu alrededor, tienes frío, te sientes mojada, pero no vuelves a desmayarte, porque un nuevo dolor se prende a tu muslo izquierdo, te mueves, él te abraza con más fuerza, te besa, te besa mucho, sus dedos se mezclan en tu piel, hundiéndose en tu dolor, sus labios succionan la cálida humedad, te posee, y sientes con tus ojos cerrados que algo se clava en tus brazos; escuchas entonces la voz de tu esposo que habrá de preguntarte, asombrado: con que te has herido; recordarás también el orgasmo que ahora tienes y tu voz dirá: me rasuré, me molesta tener vello y como no sé hacerlo, me he lastimado.

Ahora tratas de concentrarte en el molesto dolor físico, para no hacer caso del otro, del otro dolor por no saber cuándo le volverás a ver de nuevo, quedándote solamente con los recuerdos, con lo que sabes de él, que nació en Durango, que es rico, y te sientes tranquila al saber que nunca le darás nada, sólo esto. Tratas de no moverte, sin embargo, quisieras gritar ante el roce de la ropa, que él ahora te pone cuidadosamente, contra tus heridas; mientras te peina con su secadora de pelo te mira con ternura y te besa, toma del pequeño mueble, la pintura de labios que es del mismo color y de la misma marca que la que tú llevas en el bolso y que él ha comprado especialmente para tí, como todos los objetos que llenan la pequeña casa, te pone un poco de rubor en la mejilla. Hincado frente a tí dice: Nenita, no quería enamorarme de tí, y ya estoy enamorado. Te irritas. ¿Me llevas al café?, ahí están mis amigas esperándome. ¿Y por qué, mejor no te llevo yo mismo a tu casa? No, me buscarías una dificultad con mi madre. ¿Y tu papá, no se enoja? Te levantas, te molesta, como es habitual que hablen de tu padre.

Vamos, llévame al café, ya es tarde. Y tratas de pensar una mentira perfectamente lógica para justificar tu llegada a esta hora de la noche, ante tu marido, ¿qué le dirás?, ¿qué irás a decirle? Toma, háblame por teléfono. Tomas la tarjeta, te pierdes a través de la puerta del restorán, las muchachas ya están allí.

Al pasar por el bote de la basura, tiras la tarjeta, miras el suelo, Coco se levanta y dice: Manita, qué crees, creo que ahora sí me he enamorado de verdad, estuvimos Mario y yo platicando horas, y somos tan parecidos, fíjate

que me lo hizo tan rico. . . Los brazos de Coco te rodean, te lastiman, sientes otra vez la humedad en tu piel, que ahora no es placentera y gimes, Coco se interrumpe, se queda inmóvil, mira a Candy, ésta niega con la cabeza. Las tres se levantan, salen del café, oyes sus pasos al caminar, entre el bullicio de la Zona Rosa, sus voces vuelven otra vez a quejarse, suben al pequeño auto, y por las ventanillas de los otros coches, ves caras que se asoman y te hacen gestos invitadores, y sin embargo, no miras, no escuchas, casi cuando vas a bajarte, oyes a Coco decir: ahora sí puedo manita, desperdiciar mi vida y mi juventud, haciendo el papelito de ama de casa, junté ahora muchas fuerzas. Candy ríe, empieza a hablar de Juan, bajas del coche, te da la impresión de que le sonreíste a Candy, Coco te besa en la mejilla, una humedad que te da asco.

Sientes delicioso el aire frío de la Alameda, los árboles silban, te detienes, los árboles te dan miedo en la noche, inmóvil oyes la voz de tu padre, como si no hubiera muerto, que te susurra en el oído: nunca tengas miedo, yo siempre estaré a tu lado. Su voz se repite como un eco, entras al metro, el calor te molesta la piel, te arde, te duele, como un eco también recuerdas, lo recuerdas a él cuando termina, cuando sientes su orgasmo y oyes tu voz débil, jadeante, decirle: papito, papito; casi vuelves a sentir otra vez que te aprieta fuerte, que te duele, su voz te murmura: hija, hijita, mi hija. Pero no, es la gente del metro, que se acerca y te vuelve a doler una vez más la piel.





CURSI HISTORIA DE AMOR

*Por Ana Elena Gómez Clavel*



Este texto no es para Enrique

Sin importarte los empujones de la gente, subes las escaleras que conducen a la calle. En cada pisada —lenta, cansada— parece como si quisieras derribar los peldaños de mármol. Pero no. Tus deseos no son opacar personajes mitológicos como ¿Cabracán? (¿así dijo el inválido que se llamaba?), que hacen retumbar las montañas a cada paso. Y subes con indiferencia, hasta que el impulso de ascender se ve coartado por un par de piernas —un poco arriba de las tuyas— varicosas, que sostienen por artes malabares un cuerpo fodon-go y obeso.

Te detienes un momento y al observar las culebrillas azules que escapan a la calceta de toalla, que de tan usada se cae sola, no puedes evitar una sensación de repugnancia. Al voltear hacia uno de los escaparates que abundan en el descanso de las escaleras, pretendes convencerte de que la repugnancia no estaba ya solapada bajo tus pantalones-de-mezclilla-saco-azul que te hacen veterana a la vista de los cuates. Cuando te topas con un suéter blanco y de aplicaciones de flores que gira alrededor de un tubo niquelado, comienzas a ver, uno tras otro, los recuerdos de la primera vez que lo conociste. El tiempo era terrible y habías percibido el otoño en las seis o siete hojas resacas que flotaban en derredor de un ojo invisible, como caballos de tiovivo. Pero después se dejó llegar toda la estación a tu cuerpo. Una sensación de reseque-dad rozó tu piel y no te quedó más remedio que huir de la calle, que a cada instante amenazaba con convertirte en una hoja más.

Entraste, intempestiva, en una casa cuyas habitaciones, semana a semana, te serían cada vez más familiares. Y te enojaste: esa manía tuya de apoyar todo el cuerpo en un sólo punto. En esa ocasión fue la espalda, y ante la puerta intencionalmente emparejada, de nada valió la movilidad de tus piernas. Por suerte, después de la puerta estaba el pasillo, de lo contrario, toda aquella gente que salió apresurada para inspeccionar lo sucedido, no sólo te hubiera visto en el suelo sino, además, en plena caída. Y te enojaste más cuando comprendiste que la mayoría de ellas no preguntaban tus molestias

ni la forma en que te habías accidentado tanto por una preocupación más o menos humana, cuanto por la ansiedad de imaginarte en sus aburridas mentes y divertirse un poco, exprimiendo lo irrisorio de cada detalle por tí narrado, en un afán de provocar interés y hasta, quizá, compasión.

Tal vez pensaste en algún consuelo de los del tipo que proferirían tus padres si te encontraran en una situación similar. Pero no. Las indirectas de torpeza te llenaron de agua los ojos y no pudiste evitar que se precipitara rodando a través de tus mejillas ardientes por la vergüenza. Pretextaste que era el dolor en el cóccix. Mientras te lo sobabas con discreción, echaste un vistazo al muestrario de caras que te rodeaban (luego las conocerías a todas y, a su vez, ellas terminarían, en un lapso no reducido, por 'aceptarte'). Una de ellas parecía dirigir a las demás, lo que comprobaste en la seña que hizo para que te ayudaran a levantar.

Cuando te invitaron a pasar a la estancia, "pero por favor, olvida tus entradas originales", descubriste una sala poblada de cuadros raros, de esos que tu padre tachaba de obras de arte sólo que a nivel infantil, y de los que retiraba la vista como si se encontrara ante la historia clínica de un paciente desahuciado. Los muebles forrados de un terciopelo azul rey enmarcaban una mesa de acrílico transparente, en la que había cinco ceniceros repletos de colillas.

Instalada en una silla, observaste al del rostro burlón que había dado la seña para que te ayudaran. Supiste su nombre porque el inválido que estaba a su lado le pidió unas hojas. "Enrique", repetiste para tus adentros mientras una mezcla de rencor y curiosidad se confundía en tus miradas, que deseaban 'fulminarlo todo'.

Una vez que el inválido dio por terminada la sesión, de que te invitó a participar en ella cada jueves como resultado de la confesión-no-pensada de que tú también escribías, te dispusiste a salir rumbo a casa; sin embargo, una preocupación te acercó a la ventana que daba a la calle. Los remolinos de viento no habían cesado. Antes de que escuchases el ofrecimiento de Enrique para llevarte a tu casa, reclinaste la cabeza y la apoyaste en uno de los cuadritos de vidrio; con las yemas de dos dedos recorriste la madera de los marcos: querías pensar, rescatar el incieente que te llevó a ese lugar y te obligó a soportar las burlas de las —ahora sí podías precisarlo— dos chicas y seis muchachos que se olvidaron de ti cuando, ya reestablecidos en sus respectivos sitios, criticaron sus textos. Necesitabas pensar para volver justificable el acto mismo de pensarte recorriendo con los dedos los marcos de la ventana. Precisabas pensar porque una nueva lágrima había ido a humedecer tu suéter blanco con aplicaciones de florecitas. Y sentiste frío. Quizá se debiera al contacto con la superficie helada en que reposaba tu frente o al intento de recordar todas las veces que habías asumido esa posición. No era fácil enumerarlas, pero la sensación de su frecuencia no podía ser errónea.

Te separas del cristal del escaparate porque sientes que has incurrido en la misma falta. Por las noches ya no colocas las piernas flexionadas a la altura de la barbilla, mas la costumbre de recargarte toda en alguna superficie lisa, en general, por medio de la frente, aún te sigue acompañando. Levantas la cabeza y dispones reanudar el ascenso por las escalinatas. Continúas con tu paso lento y descubres que la mujer de piernas varicosas ha logrado, al fin, llegar a la calle.

Afuera, miras con sorpresa cómo se coloca en la fila, mal alineada, que espera impaciente el camión que te dejará a dos cuadras de tu casa. Imaginas que la fatalidad te llevará al asiento donde el par de piernas repugnantes encontrará momentos de descanso. Tratando de huir de esa idea atosigante, te refugias en la gran cantidad de papeles, cigarros, botellas, colocadas con descuidada perfección a lo largo y ancho de la calle con el firme propósito —crees— de asquear a los transeúntes. En eso, un ruido de motor se acerca a la fila. Mediante una hábil maniobra, el chofer deja pasar una de las llantas sobre el charco de agua sucia. Al absorber con un pañuelo las manchas de tus pantalones, codicias un lugar en el avión que en estos instantes surca la noche. Te sientas en un cómodo sillón tomando con deleite un vino blanco, mientras tus ojos se inclinan sobre la ventanilla.

Piensas que las luces de neón, las marejadas de personas que a intervalos de tiempo más o menos regulares, vomita el metro; la basura, los mismos camiones, integrarían a la perfección las superficies indefinidas de una pintura de Monet. Pero deseas más aún. Ya no es sólo negar la existencia de lo que te molesta volviendo imprecisos los contornos, ni que superpongas millares de vidrios a lo doloroso, a la figura de Enrique cuya sonrisa culebrea en su rostro, como las varices de la señora que te precede abajo, en la fila, en tanto que tú, ahora en el avión, reúnes pedazos de cristal en un intento por desvanecer límites y ver transformado el mundo en un constante fluir de agua, en un elemento que puedas tocar sin que te ensucies o hagas daño. Y prefieres simplificarlo todavía más. Tomar los pinceles de Guttsujo y convertir esa asquerosa calle que te reclama para abordar el camión, en un cuadro cuya sobriedad de líneas impidiera que se colaran, por alguna resquebrajadura, sabores y olores viscosos.

El avión termina por ocultarse tras grandes nubarrones. Bajas la vista para continuar el movimiento que te hace aproximarte al estribo y subes. Por fortuna tus predicciones no se cumplen y puedes sentarte junto al señor que intenta leer una revista con la escasa luz del interior.

Un olor a sándalo se aproxima a tí hasta tocarte los senos y penetrar tus sentidos. Te preguntas de dónde procede y al ver una chamarra de piel parecida a la de Enrique, prefieres no averiguarlo. Cuando recargas la cabeza sobre el armazón que sostiene las ventanas del camión, el aroma te ha invadido por completo.

Dentro de la diversidad de fragancias exóticas, aunadas a la del tabaco claro, la de Enrique te subyugaba lo suficiente como para alejarte de las reuniones. Por eso, cuando el inválido preguntaba tu opinión acerca de algún poema, te costaba trabajo centrarte y sólo atinabas a mencionar tonterías o, en el mejor de los casos, a repetir lo que otros habían dicho apenas unos instantes atrás. Pero tú ya no hacías 'versos'. Para qué, si Enrique y el inválido sostenían que lo que escribías ya lo había dicho Agustín Lara, y además musicalizado. Por eso te dedicaste a la narrativa, con temas que tú nunca te hubieras atrevido a tratar, de no ser porque la imagen de Enrique siempre te esperaba en la hoja en blanco que te disponías a profanar. Y cuando él te criticaba frente a esa masa informe que pocas veces disentía de su criterio, te habría gustado describir la disparidad que encontrabas en la posición de sus labios al hablar, con un dejo despectivo, y la solicitud con que besaba tu pubis o tus hombros. Entonces reías nerviosa, con las mejillas deshilvanadas y unos ojos que aceptaban la culpa en cada parpadeo. No sabías por qué,

mas el aroma de sándalo, lejos de recorerte la piel en una caricia profunda, se te volvía entonces un vacío que se posesionaba no sólo de tus vísceras sino, también, de tu espíritu. Por eso tus constantes escapadas al baño y las excusas, siempre prosaicas, para que no te vieran llorar; como la primera vez que llevaste tus textos, en la que tras tu negativa a mostrarlos los leyó el que, en un descuido, te los había arrebatado.

Te incorporas un poco al ver una pareja que se sienta frente a ti. Sus palabras, besos y las posteriores lágrimas de la chica te hacen pensar en una historia de amor: se aman con locura, pero ésta es la despedida. Y comienzas a imaginar los pormenores, las conversaciones en algún parque a la sombra de un eucalipto, las caricias tímidas del amante que apenas si rozan la cintura de la joven. También intuyes una serenata bajo el balcón para festejar su cumpleaños o simplemente como tributo de adoración. Entonces ¿por qué la despedida? Ah, lo de costumbre, los padres y. . . No, no. Estás tan influida por los gustos de Enrique, que a pesar de ser sólo una anécdota, sin desarrollo conceptual ni formal, te parece ramplona, lineal, en una palabra: CURSI.

Al escuchar el grito con que expresaste mentalmente esa palabra, te molestas y comienzas a tejer otro argumento: se conocen en una reunión literaria; a pesar de las diferencias en educación, intereses, formas de pensar y de vivir, llegan a la cama y hasta parecen estar. Pero para él, las historias de amor verdadero no son más que conjuntos de palabras pasados de moda, sin vigencia ni realidad, sólo reflejos de imágenes en el espejo oval de las tradiciones. Sobreviene la separación. Ella decide olvidar. Ya no compartirá, por venganza, ni su cama ni sus pensamientos; incluso siente aversión hacia todos aquellos silogismos que la hicieron romper con su antigua, pero muy honorable, concepción de la vida. Al final, ella regresa a casa en busca del perdón materno y con deseos de recuperar el tiempo perdido. Colorín, colorado, este cuento. . .

Esbozas una mueca de insatisfacción. Pero después, casi haces sonoro un signo de indolencia. Dices que ya nada te importa y mientras recargas otra vez la frente en el cristal de la ventanilla, te ves arropada en tu cama. Sin embargo, a pesar de tu rompimiento con un seudopasado, comienzas a llorar. La almohada se humedece más y más. Sabes que el calorcillo de las cobijas cubriéndote el cuerpo o el beso de bienvenida-buenas noches de papá y mamá, no son sino refugios temporales. Intuyes que la noche ha comenzado más temprano que de costumbre y que, de la misma forma, tardará en marcharse. Abres los ojos y observas, a lo lejos, una serie de finales fragmentados que jamás podrán llevarte al punto de despegue, porque sencillamente no gustan de realizar maniobras circulares.

Puedo recordar el futuro. Veo tu sombra acercarse y tocar, sin querer, el monito de peluche que rodea la base de la lámpara de tu escritorio y que, por desidia, costumbre o ambas cosas, no has arrojado a la basura. Te veo con la mirada fija en la máquina de la que va surgiendo a cada teclazo, como una prolongación de tus uñas, un texto que, puedo asegurarlo, no dedicarías a Enrique.





3er. LUGAR



### PASAJE INCOMPLETO

*Por Ana Elena Gómez Clavel*

### PRIMER BOLETO

EMERGENCIA. MEXICO, D.F.—NUM. 801/NOVIEMBRE 8 DE 1980.  
“10 MUERTOS Y 15 HERIDOS EN ESPANTOSO CHOQUE. Ecatepec, Méx.—10 personas muertas y más de quince heridos graves, así como pérdidas materiales por muchos miles de pesos fue el resultado que arrojó el choque por alcance entre el trailer marca Autocar, placas de circulación W-5801 S.P.F., cargado con casi 30 toneladas de estructura pesada, destinada a la industria local, y el autobús de la línea “Metrobús”, placas S-1922, número económico 381, cuyo chofer al ver la magnitud del accidente se dio a la fuga, dejando abandonados a los pasajeros entre ayes de dolor, desesperación y muerte. De inmediato ambulancias/”.



### SEGUNDO BOLETO

La despierta el ruido provocado por un objeto de metal golpeando la puerta de la entrada. Repliega un poco la cobija, más o menos a la altura de la nariz, pero continúa con los ojos cerrados. Sabe de antemano que apenas los abra, toda la luz procedente del simulacro de ventana se le arrojara a la cara. Separa mesuradamente los párpados y ya con la luz clavada en sus pupi-

las, se adueña por completo de sí misma —gesticula un poco—, Mariana. Se tapa otra vez con la cobija y maldice haber gastado la última parte de su sueldo en comprarse otras zapatillas, maldice a Quique porque rompió las cortinas en su intento de salir por la ventana, maldice a Javier por/ al ruido que vuelve a escucharse con mayor insistencia.

Salta de la cama y voltea hacia una de las esquinas del cuarto: un desvencijado ropero, con dos de sus tres puertas abiertas, sostiene un reloj despostillado y de carátula opaca. Las 9:40. Increíblemente, avanza unos pasos y verifica: 9:43.

Mientras el ruido, más insistente, vuelve a escucharse, un humor incontenible comienza a derramarse por las paredes interiores de su estómago.

Pero el ruido no concluye: Mariana abre la puerta y se recarga en el umbral. Trae una bata encogida y amarillenta, insuficiente para cubrirle el cuerpo.

— ¡A esta hora no/ —exclama para después detener las palabras con un cierre abrupto de la boca.

Observa a los dos hombres que se encuentran frente a ella. Uno de ellos, el más viejo y gordo, porta una credencial y al descubrir la reacción de Mariana, comienza a reír. Al verlo así, Mariana recuerda los senos laxos y caídos hasta la cintura de las indias viejas del rancho donde vivió su madre. El otro es joven. Sus rasgos son hasta... agradables, pero la mirada no; la mirada es burlona y atrevida parece esculcar por debajo de las flores azules que forman el estampado de la bata de los encajes que aunque hoy semejan hilachos algún día la adornaron y la convirtieron en el objeto de mis caricias cuando la acababa de comprar cuando me la ponía a cada rato como si durmiera varias veces al día y en cada levantada precisase de volvérmela a poner.

Todo eso recuerda, y también su imagen desaliñada en el espejo del ropero después de que aventó el reloj al suelo; el ruido de la puerta había vuelto a escucharse pero esta vez olvidó la insistencia de los golpes para tender la mano a uno de los hombres.



### TERCER BOLETO

Se asoma por el hueco que forma la orilla de la puerta y la pared. Al no ver a Mariana, recoge del suelo un mecate sucio enlazado a una caja de zapatos vacía. Quique tira del mecate haciendo que la caja cruce los pantanos de lodo que interfieren la comunicación entre su casa y la de su amigo Poncho. Levanta la vista y observa durante algunos segundos, en la pared de enfrente,

las cortinas verdes del cuarto de su amigo; entonces se pregunta si de tal color sería la piel de "el hombre de la laguna verde". Reflexiona y concluye con movimiento horizontal de cabeza, y prefiere voltear porque se acuerda de la última vez que salió por la ventana de su casa. Mariana lo había dejado encerrado a pesar de sus súplicas para que le permitiera ir a ver "La hora del terror" en la T.V. blanco y negro de Poncho. Y se recuerda a sí mismo, solo y encerrado, convirtiendo las cortinas en una gran falda hawaiana. La idea fue buena sólo que aparte de hacer enojar a su hermana, consiguió una paliza que lo mantuvo varios días en casa: los otros niños de la vecindad y el mismo Poncho habrían encontrado más gracioso que la nueva modalidad de cortinas, el hermoso color verde de su ojo de cotorra.

Una piedra impide el paso de su lancha. Se detiene para patear el obstáculo, pero al darse cuenta que uno de los lados de la caja se ha desprendido, también la patea. Así descubre que aún puede servirle de algo. La utiliza como pelota y la arroja varias veces a los escalones que conducen a los altos.

Cuando la caja se queda atorada en el barandal, sube a zafarla. En uno de los escalones encuentra una alcañata que luego de usarla como buril para grabar su nombre en las paredes, la ata con el cordel de su lancha. Esta, ya inservible, queda tirada por ahí, mientras él se aproxima a su casa. Una vez frente a ella traba su nuevo juguete entre el marco y el vidrio de la ventana. Jala un poco para asegurarse de que ha quedado bien sujeto y empieza a escalar —a la manera batmaniana— los escasos dos metros que separan su objetivo del suelo. Ya sobre el borde, mete la mano por donde la falta de cristales se lo permite, y abre. De la ventana salta al sillón dejando en él un poco de la tierra de sus tenis.

Se encamina hacia la cocina en busca de algo que comer. Vuelve a la pieza con una salchicha y un trozo de pan. Al tropezar con el reloj que tiró Mariana, se le cae el embutido y tiene que buscarlo bajo la cama.

Se incorpora y mientras mordisquea la carne y el pan, observa la foto que encontró al agacharse. Ahí están los tres: Mariana, parada junto al asiento de Javier, sostiene una maceta con flores amarillas; éste, mantiene una de sus manos sobre el volante y sonríe apenado, incómodo ante la cámara; por último, él, Quique, está detrás de Javier, al que le pone "cuernos" mientras saca la lengua. Se pregunta quién les tomó la foto y al momento comienza a reír: en lugar de ver la cama destendida y la ventana abierta, se siente como si estuviera en un camión de transporte urbano, mirando la caída de un pasajero medio tomado al intentar bajarse sin ver la calle ni el último escalón del estribo. Antes de que toque el suelo, el pasajero es auxiliado por Javier.

El día de descanso de Mariana la maceta con flores amarillas los malabarrismos del borrachín al intentar asirse al pasamanos la mano fuerte de Javier mi hermano es chofer = supermán en el volante.

Otro mordisco y escupe la carne ante la aparición de un elemento extraño: una pelusa de las que abundan bajo su cama.



#### CUARTO BOLETO

—No. Le digo que no sé para qué habrán venido. Yo los vi porque estaba tendiendo mi ropa y con ese ruidazo que hicieron, ¿quién no iba a asomarse?

—Claro. Al rato salió la Mariana en pleno camión, así como que muy valiente, pero luego luego se le bajó. ¿Cómo dice?

—No. Bien, bien, no. Fíjese, por tratar de ver clarito lo que le ponían en la carota a la Mariana, ya me estaba yo yendo de cabeza.

—Bueno, eran dos polis, ipero sin uniforme! ¿Cómo? Sí, entonces eran de la Secreta. Pero no me interrumpa, hombre.

—¿No le digo? Quiere que le cuente y no me deja hablar. Mejor me voy por la ropa, ya ha de estar seca. Con permiso.

—Bueno, bueno, nomás que conste que lo hago porque usted insiste. Esos de la Secreta ( la verdad no sé si eran polis disfrazados pero por lo que usted dice, creo que sí) le sacaron una credencial que nada más de verla, la Mariana se quedó con la boca tiesa, y un papel que ella tomó luego luego.

—¿Qué qué hizo con el papel?, lo leyó, lo leyó.

—No, después ellos entraron al cuarto. Yo pensé que. . . que . . . usted sabe. . . pero no cerraron la puerta y al ratito se fueron.

—No, la Mariana no fue con ellos. Pero como a la media hora, salió también ella. Nomás que ahora sí llevaba sus zapatos altos y esos pantalones pegados que, de plano, la hacen verse asquerosa.

—No, no sé qué decía el papel. Ya se lo dije.

—Ja, ja, ja. ¿Usted si hubiera alcanzado a ver? Sí, como no. A poco cree que desde ese mugre pasillo se puede/.



## QUINTO BOLETO

Si todo hubiera pasado como cuando el día de la foto en que las tontearías de aquel borracho no pasaron de un susto y unos raspones uno no es un santito pero siempre que se puede se le da la mano al que necesita ayuda que si traigo el camión y me encuentro a un cuate con la matraca parada y necesita un empujón pues se lo doy que si una señora hace la parada a media cuadra pues me detengo para que se suba y lo mismo para los que se pasan y se dan cuenta seis cuadras después no uno no es un santo ni mucho menos pero la virgen debiera fijarse y tomar en cuenta los esfuerzos que se hacen para no golpear a la hermana porque no se está portando muy bien o las ganas que tengo de poder cruzar la ciudad para despedirme de Quique y también por qué no de ella de Mariana aunque siempre me esté mandando al demonio con mis consejos pero no puedo salir y todo por ese méndigo borracho quisiera estar muerto como esos pobres que se quedaron ahí tirados desangrándose de visto al trailer que venía detras de mí pero ¿cómo? si el méndigo borrachín no pudiendo sostenerse en sus propias piernas se me arrojó y no pude controlar más el volante no el imbécil fui yo con mis idioteces y deseos de ayudar al prójimo porque cuando me hizo la parada bien que me había dado cuenta de que estaba tomado pero “Javier tú un ratero o peor aún la patrulla” y ahí va el santurrón a detener la caja porque además el pasaje estaba incompleto y sobraban lugares.

Se pasea de un lado a otro del cuartucho. Por momentos se detiene con la vista fija en una pequeña ventana que permite el paso de la escasa luz que ilumina el lugar, pero retrocede de inmediato sin mirar atrás. Tira el agua de un bote y provoca la caída de una podadora a pesar de sus intentos por detenerla.

Cansado, se sienta en una llanta. Sus rodillas quedan a la altura del mentón y coloca sobre ellas la cabeza, dejando los brazos a los lados. Inicia con dedos un recorrido por las hendiduras de la llanta. De pronto, detiene el movimiento de sus manos y palpa el sitio donde se encuentra sentado, como si estuviera reconociéndole, apenas percatándose de lo que es.

Se levanta y casi corre hasta alcanzar la pared opuesta. Allí se cubre la cara con las manos manchadas de aceite. Al escuchar un ruido insistente en la puerta, abre los ojos y permanece estático.

## SEXTO BOLETO

Entra al cuarto y se detiene unos instantes junto a la puerta. Mientras inspira con fuerza, observa la cama revuelta de la que sobresale un bulto que remata en unos tenis grises. Va a despertar a Quique para regañarlo por haberse acostado con todo y zapatos, pero se detiene antes de llegar a su lado. Se sienta sobre la almohada y ve la respiración pausada de su hermano. Lo tapa con cuidado y se dirige a la ventana abierta. Cuando intenta cerrarla descubre la alcayata que le sirvió a Quique para escalar y la desprende del marco. Antes de acostarse, Mariana busca el reloj. Lo levanta: las 3:37. Se acomoda sin hacer muchos movimientos para no despertar al niño. Ya tendida, puede ver un pedazo de cielo estrellado a través de la ventana. Sonríe —un dejo de desaliento en uno de los extremos de la boca— al pensar que, después de todo, lo que reste de esa noche agradecerá no tener cortinas. Tal vez así sus plagarias por Javier asciendan rápidamente.





1er. LUGAR

# TEATRO

“CINCO DESPUES DE LAS SIETE”

*por Claudio P. Castro Campillo*

EPOCA:

Actual.

## ESCENOGRAFIA:

Un pequeño espacio del escenario permanece vacío, excepto cuando algunos trastos transitorios y meramente simbólicos apoyen las evocaciones del proronista. A saber: silla mecedora y cajón de televisor, poste indicador de estación del metro, pequeña escalera-burro y bambalina policroma que recuerde el artesanado del teatro Juárez de Guanajuato, arbotante porfiriano, farol colonial de pared (*grande*), dos mesitas de café con su respectiva silla, silueta de una lancha con motor fuera de borda, marquesina teatral e hilera de siluetas humanas, reloj checador, y una cama.

El resto del escenario está ocupado por la zotehuela de una unidad habitacional con el cuerpo de un edificio a un lado, dos puertas enfrente y al fondo, en el telón, el dibujo mal trazado de una panorámica de la unidad habitacional. El edificio, un cubo practicable, tiene dibujadas las ventanas correspondientes a un par de pisos en el mismo estilo descuidado que el telón de fondo. En la zotehuela hay un tendedero ocupado con prendas viejas y pobretonas. Las puertas utilizan para cerrar un lienzo que gira ciento ochenta grados, cuando está de un lado el vano permanece abierto forzosamente. Sobre la tapa del cubo pende el marco de una ventana parecido a los dibujos y orientado hacia el patio interior, la silueta de un gran teléfono negro y un florero vacío; hay también una caja de cartón, algunos libros y un tocadiscos barato; finalmente, una manta o pantalla para sombras chinescas como pared del departamento.

## VESTUARIO:

El protagonista usa un traje gris de tres piezas. Los vecinos: la niña y la portera, ropa corriente y detonante. Los personajes evocados, tonos pasteles, diluídos y de acuerdo al estrato social al que pertenecen. El enmascarado, 'jeans', 'tenis' y playera.

## PERSONAJES

*Mario Quijano:* Menos de veinticuatro años.

*Portera:* Edad indefinida.

*Marta:* Cerca de los doce años.

*Novia:* Veinte años aproximadamente.

*Director:* Casi los treinta.

*Pintora:* Veinteañera traga años.

*Amigo (Timoteo):* Contemporáneo de Mario.

*Madre de Marta:* Treinta años muy dolorosos.

*Enmascarado:* Como Mario. (Su máscara es una simple media rellena con un poco de algodón.)

La portera barre su entrada con desinterés, es más bien una excusa para figonear en la vida de los inquilinos. Mario se asoma desde su departamento, la portera repara en él y Mario trata de esconderse trás el visillo.

PORTERA:

¡Ni se esconda, pa qué le hace al guaje! ¿Ya tiene lo de la renta?

*(Mario se aleja de la ventana).*

PORTERA:

*(Para sí).* Si yo fuera la patrona ya lo habría echado, por Diosito que sí.  
*(Masculla entre dientes algo ininteligible y sigue barriendo).*

*(A lo lejos un reloj da las siete).*

MARIO:

¿Tan tarde? Todavía hay sol. . . Las siete, buena hora. Bájale, cualquier hora es buena. *(Se enjuga la frente con la corbata).* Qué calor. . . A quién quiero apantallar con estos trapos, casi no los uso. Cuántas veces me la habré puesto desde que la compré: ¿tres, cuatro? Y nunca sirvió de nada. *(Huele el traje).* Pensar que todavía huele a tienda.

*(Se detiene junto a la silueta del teléfono).*

MARIO:

A lo mejor no está en su casa.

*(La escena vacía se ilumina. Una joven de tubos cose frente al televisor encendido).*

MARIO:

Supongo que tiene derecho a saberlo. *(Duda en levantar la bocina. Ella se pincha el dedo. Mario se aleja del teléfono y la luz sobre la muchacha disminuye).*

MARIO:

Ya se enterará.

*(La otra escena se oscurece. La portera desaparece por la puerta, pasa a cerrar la otra entrada. Regresa por el hueco, destiende algunos trapos y vuelve a salir. Por la puerta entra una niña a saltar la reata. El espacio vacío se ilumina y vemos el poste del metro y al enmascarado recargado contra él mirando sus piernas. Mario mira en la misma dirección).*

MARIO:

¿Cómo se llamaba este cuate? Coño, no me puedo acordar.

MASCARA:

Para memoria la mía. . . Se está quedando calvo y creo que era más joven que yo; pero por una cuarta parte de su suerte le cambiaría todo mi pelo, pero ahorita.

MARIO:

Quién lo hubiera creído, en la prepa nadie daba un quinto por él.

MASCARA:

No aguanto más. Ya no. Toda la semana plagada de encuentros y coincidencias con fantasmas de años gastados que regresan a aplanarme. Es el colmo, por poco me atropella un aparecido *(Sale).*

MARIO:

Una semana entera llena de ahogados que han vuelto a respirar mi aire, a ensuciármelo con sus poses de triunfador.

NIÑA:

Quiúboles Mario, ¿no me echas la riata?

MARIO:

Tengo chamba pulga, pero 'pérame tantito. *(Sale y regresa de inmediato con una manzana que le arroja a la niña)*. Ahí te va.

*(La niña se sienta a comérsela, contemplada por Mario. La otra zona se enciende. En el burro-escalera y bajo la bambalina artesonada, el enmascarado y la pintora se hallan sentados)*.

PINTORA:

No puedo dar crédito: ¡Yo, Guanajuato y el Cervantino!

OFF:

Tercera llamada, tercera llamada tercera, comenzamos.

*(El departamento se oscurece. Un seguidor ilumina únicamente los ojos de Mario. En la otra zona son iluminadas las cabezas de la pareja. Comienza fondo musical: fragmento de pieza clásica a ritmo de jazz. La luz de la pareja se apaga a cambio de luces de colores que parecen bailar sobre la cara de la pintora y ese espacio escénico. El enmascarado se acaricia el cuello y echa hacia atrás la cabeza en evidente signo de cansancio. La música se detiene)*.

MASCARA:

*(Para sí)*. Ya no aguanto el cuello. *(Las luces de colores se apagan. La iluminación vuelve sobre Mario)*.

MARIO:

Fue espléndido.

*(La portera entra a escena. La niña salta)*.

PORTERA:

Me vas a tirar la ropa.

*(La niña le saca la lengua, tira el corazón de la manzana y vuelve a saltar)*.

PORTERA:

¿No me oíste? Vas a ver con tu madre.

NIÑA:

¡Ya, vieja escandalosa, cállese el hocico!

*(La portera la persigue hasta que se esconde atrás del perfil del marco de su entrada. La vieja barre, la niña se asoma, la vieja la amenaza con la escoba y la niña le contesta con gestos. La portera sale dejando la puerta batiente cerrada sobre su vano. La niña juega al "avión". Mario no perdió detalle desde atrás de los visillos. La zona vacía se ilumina. El enmascarado*

*se agita sobre el duro asiento, la pintora lleva el ritmo de la música sincopada con el cuerpo, las luces de colores cambian sobre su cara. Con el ritmo talla frecuentemente el muslo contra la pierna del enmascarado).*

MARIO:

Creo que estudió baile. *(La pareja se congela. Música y juego de luces continúan)*. Estabas bellísima de mezclilla, y esa playerita escotada. . . ¿amarilla?

*(La pareja se anima, ella sigue la música y él aprovecha para ponerle la mano en la pierna)*.

MASCARA:

*(Para sí)*. Cuándo se acabará esto. Me duelen las nalgas y el pescuezo. Mejor hubiéramos ido a la Alhóndiga. . .

MARIO:

. . . Estaba el Atelier doce. Los polacos son excepcionales. . . ¿No eran yugoslavos? De todos modos el teatro socialista es único.

*(La música pierde volumen y la pareja se oscurece)*.

MADRE EN OFF:

¡Martita, la tarea!

NIÑA:

Me lleva. . . ¡Voy 'má! *(Sigue jugando)*.

MARIO:

Lástima, ya se metió el sol y ni me fijé, con lo que me gustan las puestas. . . Aunque casi no tengo tiempo para verlas. . . Refrescó algo.

*(Saca la caja de escena con cierta dificultad)*.

MARIO:

Puedo romperla cuando caiga. . . Pesa. . . Qué tanto habrá guardado. . . Los chunches de veintitantos años: mierda y media. *(Sale y regresa ya sin la caja)*. Va a pasar rato antes de que suba alguien. . . Qué bueno carajo, tendré tranquilidad.

*(En la zona vacía vemos el arbotante porfiriano. Luz de noche. La pareja entra a escena)*.

MASCARA:

Ya no doy una, me voy a quedar dormido en cualquier esquina.

PINTORA:

Andale, vamos a una callejoneada. Si vinimos al Cervantino no fue para quedarnos dormidos, Mario. . .

*(La pareja se congela, el arbotante sale de escena y del telar baja el farol colonial de pared. Los pasos de ambos producen eco. En off pasa una estudiantina)*.

PINTORA:

Cuánta magia. Nunca imaginé que fuera tan. . . así todo esto. Una especie de Velázquez y Vasarelli, todo junto.

MASCARA:

¡Vámonos!

PINTORA:

Estás loco, no sé cuándo volverá. ¿No te das cuenta de que es vivir en una burbuja de tiempo donde todo pasa simultáneamente? Aquí, ayer y mañana son siempre ahora. . . “El hoy fugaz es tenue y es eterno; otro Cielo no esperes, ni otro Infierno.”: Borges.

MASCARA:

No puedo más.

PINTORA:

Mario, por favor alcánzame.

*(Ella se acerca al ciclorama y lo acaricia tratando de fundirse con él. Al voltear, tiene la boca y la blusa manchadas de tierra. La pareja se congela).*

MARIO:

¡Por qué volviste! Tenías la boca llena de tierra y la blusa blanca hecha una porquería. . . Claro, era blanca, no amarilla. . . Por qué no te quedaste en Guanajuato. *(El farol y el enmascarado salen de escena).*

MARIO:

Olías a nylon sudoroso, a ropa interior. . . Por qué volviste. No tenías derecho, eras un quiste que había dejado de doler y ayer casi chocamos en la esquina. *(Tran.)* ¿Habré ido ya al baño? No quiero cargarle la mano al espectáculo, se sueltan los esfínteres. Sería feo. . . No, ya fui. . .

*(La iluminación de la zona vacía cambia a luz diurna. La pintora se anima).*

PINTORA:

¡Qué milagro! Es para no dar crédito. Pero qué ha sido de tí. *(Interpela al vacío.)*

MARIO:

*(Desde el departamento y en tono bajo. No se miran).* Nada, lo de siempre.

PINTORA:

Qué gusto encontrarte. . . Hace cuánto que no nos vemos, ¿un año?. . . no, qué bárbaro, casi dos.

MARIO:

Sí, casi dos.

PINTORA:

Serio, qué gusto volver a verte, ¿vives por aquí?

MARIO:

Sí.

PINTORA:

¡Ah! (*Espera que la invite*). Bueno, y qué tal ¿bien?

MARIO:

Sí. Vivo solo.

PINTORA:

. . . No cambias. Y ¿qué haces?

MARIO:

Iba, voy por el pan.

PINTORA:

Pues sí que fue un milagro encontrarte.

MARIO:

Sí.

PINTORA:

Y qué tal, ¿cómo te trata la vida?

MARIO:

He aprendido a no quejarme.

PINTORA:

. . . Eres increíble, serio.

MARIO:

¿Por qué?

PINTORA:

Así dejalo. . . Oye, no te ofendas, digamos que es por Guanajuato, ¿puedo hacer algo por tí? (*Abre su bolsa.*)

MARIO:

Olvídalo. ¿Cómo estás tú?

PINTORA:

De lujo: Golden times.

MARIO:

¿Sí?

PINTORA:

Expongo en la zona rosa, en Havre esquina con. . .

MARIO:

En la galería de. . .

PINTORA:

Moshe, sí.

MARIO:

Supongo que. . . no se han casado.

PINTORA:

¿Para qué? no es indispensable. Además, su religión. . .

MARIO:

Claro.

PINTORA:

De veras, me gustaría ayudarte, acabo de regresar de San Francisco y aquello estuvo super, vendí varios cuadros.

MARIO:

Por favor.

PINTORA:

Como quieras. (*Checa la hora*). ¡Es tardísimo! Me tengo que ir. . . Mario, Guanajuato fue especial, serio. . . Me gustaría tanto que volvieras a tener confianza en mí, que hablaras. . .

MARIO:

Déjalo así.

PINTORA:

Por favor. . . ¿Te acuerdas de la presa, de cuando te caíste de la lancha? Así te pinté, empapado, con tu carita escurrida. . . ¡Háblame!

MARIO:

. . .No sé, yo. . .

PINTORA:

¿Y si nos tomamos un café mañana?

MARIO:

. . .Bueno.

PINTORA:

¿A las diez, donde antes?

MARIO:

Bueno.

PINTORA:

(*Lo besa*). Hasta mañana. (*Sale*).

(*La luz de Mario se apaga. La niña continúa saltando al "avión". El tránsito urbano se oye en off*).

MADRE EN OFF:

¡Marta, la tarea!

NIÑA:

¡Ya voy! (*No deja de jugar*).

MADRE:

(*Entra a escena*). ¡Monserga! ¿No entiendes?? ¡Te voy a agarrar a chandazos! (*Mete a la niña de la oreja*).

*(La portera sale, destiende unos trapos y sale de escena con éstos. La zona vacía se reilumina. Están el enmascarado y el director en sendas mesas. El enmascarado espera impaciente, en ocasiones se fija en el otro parroquiano hasta que termina por ser abordado, el director lo ha reconocido y lo invita a su mesa).*

DIRECTOR:

. . .Te decía, de rompe madre. Acabo de regresar de Cuba, todo perfecto. Fidel es un genio. ¿Has ido?

MARIO:

Tengo ganas.

DIRECTOR:

Es la Experiencia, así, con mayúscula. Manito, Cuba es la Respuesta. No' hombre, qué bárbaros. Orita ando cocinando un rollo sobre los cañaverales para filmar en Morelos. El agasajo taquillero.

MARIO:

¡Felicidades!

DIRECTOR:

Ya salió Mario el caustiquito. No sea payaso. Es neto lo que te digo manito. El cine llega a las masas y el mío es un mensaje revolucionario en cinemascopé. . . Ya piqué tu rollo, lo que pasa es que eres trosko como la güerita esa con la que andabas, la pintorcita aquella. Hablaban de boda, ¿no?, ¿qué pasó, te suicidaste?

MARIO:

No, no nos casamos.

DIRECTOR:

Qué pena manito. Era simpática y tenía su talento. Le daba por el realismo socialista, creo.

MARIO:

Era figurativa.

DIRECTOR:

Es lo mismo, cogía.

MARIO:

¿Quieres saludarla? Quedó de venir a las once.

DIRECTOR:

¡Merde!, me gusta el francés para maldecir, es más cachondo. Gracias manito, mejor no. No me gustan las viejas como ella, es demasiado inteligente para mí. *(Se levanta)*. Gracias por el café. Mira, aquí tienes mi teléfono, háblame. Ya me contarás que rollo con el libro que andabas publicando. Adiós. *(Sale. El enmascarado se congela)*.

*(La portera regresa a escena y descuelga más trapos. La luz del departamento se enciende de nuevo. Mario juega con una pistola. La admira).*

MARIO:

Tiene manchas grises, como si lo pavonado tuviera que encanecer a pedazos. . . Odio Guanajuato, ella pintó frente a mí la plaza de San Roque, le puso su firma a toda la ciudad. *(Sale de escena y regresa con un fardo de ropa que tira de cualquier modo)*. Así está mejor, no tiene caso que se apeste toda mi ropa, alguien la puede necesitar. . . *(Mira hacia afuera)*. Hey, el clóset es un buen lugar, como más íntimo. *(Se congela)*.

MASCARA:

No vino. Mejor así. No sé qué hubiera hecho al tener que renunciar de golpe a cada uno de los días de casi dos años en que he tratado de olvidarme. . . cuántas semanas desperdiciadas hubieran caído de plano a mis pies. *(Sale. La zona se apaga)*.

*(Mario sale de escena y pasa atrás de la manta. El light back proyecta la sombra del actor enredándose una toalla en la cabeza)*.

MARIO EN OFF:

Estaba seguro de que me plantaría; pero tuve que ir. . . Cabrón, así que ya estás en CONACINE, claro: papi, ¿no Valentín? Ojalá truene tu película cañera. Eres una mierda. . . Mi libro, ja. Nadie lo entendió, que no se vendería, me dijeron. Pues chinguen a su madre. *(Pausa)*. Espero que no vaya a resultar demasiado desagradable al rato, salpicado por el piso. Además es mi único traje, sería una lástima.

*(El light back se apaga, Mario regresa a escena con una especie de turbante)*.

MARIO:

*(Después de asomarse por la ventana)*. Qué rica tarde. . . Me gustaría oírlos cuando encuentren el cuerpo, saber qué dirán de tí.

PORTERA:

¡Oiga, conque tenemos dinerito para fiestecitas pero no pa' la renta! ¡Ratero! ¡Tantito escándalo y le'cho a la "julia" encima.

*(Mario se repliega. En la zona vacía: al encenderse vemos al enmascarado apoyándose en el poste del metro y viendo hacia piernas. Frenazo en off.)*

MASCARA:

¡Pendejo, fíjate cómo manejas! *(Carraspea para escupir)*.

AMIGO EN OFF:

¿Mario? ¿Mario Quijano? *(Entra a cuadro. Ambos se congelan)*.

VOCES EN OFF:

— ¡Dale abajo!

— ¡No lo sueltes!

— ¡Pinche perro!

– ¡Mátalo, Mario!

– ¡Que no se levante!

MARIO:

(Desde el departamento). Casi me atropella este desgraciado, ¿cómo se llama? . . . ¡Carajo, si le rompí la boca en la prepa. . . !

OFF:

– ¡Las patas, güey, dale!

– ¡Ya déjalo, vas a matarlo!

– ¡Sepárenlos!

– ¡Tú dale, no lo sueltes!

MARIO:

Lo que son las cosas, Timoteo. . . ¡Cla. . . ! No, ése era su apodo, era el más jodido de la bola, a todos nos daba lástima y mírenlo ahora.

TIMOTEO:

No'mbre, habías de ver, ya tengo dos batos así merito de varejones los condenados. (*Máscara y amigo se congelan*).

MARIO:

Me invitó a comer. Hacía tiempo que no me hartaba así, me dieron cólicos. . . ¿Ya fui al baño? No quiero manchar la ropa. . . Si hombre, ya fuiste. . . Y toda la comida sin acordarme de su nombre. . .

TIMOTEO:

Ton's, no se te vaya a pasar, bato, la noche buena en el rancho, o qué, ¿ya tienes compromiso? Quiero que conozcas mi familia. El más tierno es re' bayunco, va a tener un ponch como el tuyo. . . Ah qué tiempos aquellos. . .

MASCARA:

Fue una temporada linda, sin problemas.

TIMOTEO:

¿Qué pues, nadie te'cha el lazo todavía, eh?

MARIO:

No. Sigo soltero. Y tú: casado, una buena mujer, dos hijos y el rancho con que soñabas, con sus chiqueros y trescientos vientres, congelador y hasta troca. . . Y yo mis mentiras, mi despacho en la Avenida Juárez, sí, siempre me hice abogado y otras fantasías. . . Quién hubiera imaginado que ese pobre diablo llegara a hacer algo. Nadie daba un quinto por él en la escuela. Cómo voy a ir a tu rancho si ni me acuerdo de cómo te llamas. (*Se asoma por la ventana*). Refrescó. (*Entra y juega con la pistola*) Ojalá no duela.

PINTORA EN OFF:

Me tengo que ir Mario. Guanajuato fue especial, serio. Me gustaría tanto que volvieras a tenerme confianza. . .



MARIO:

¿A qué volviste? Todo era estúpido, aceitoso; pero ha estaba acostumbrado a deslizarme. . . (*Mira el revólver*). No me había dado cuenta de que pesara tanto. . . ¿Cómo será mejor para no fallar?, el calibre es chico y no quiero equivocarme, repetirme.

(*La portera sale de escena con un fardo de ropa*).

(*Timoteo sale de escena. En off se oye fragmento de "El pagaré". Una pareja abrazada entra al patio. El trae un radio de pilas emitiendo la canción señalada. Mario les apunta hasta que salen de escena. Una ventana en los edificios del fondo se enciende. Las voces en off acorralan al enmascarado, Mario reacciona con él*).

— Nosotros le llamamos. Espere.

— Lamentablemente lo siento, no reúne las características necesarias.

— No, no hay plazas, ¿qué puedo hacer?

— ¿Tiene alguna garantía para el préstamo, alguna propiedad?

— Poner ese negocio no es cualquier cosa hijo; no, no arriesgo mi dinero. Piensa en tu madre. El capital es para protegerla cuando yo me vaya.

— Nos debe tres meses de renta, tres, ¿quiere ir a los tribunales?

— Vaya a otra editorial, su novela no es nuestra línea.

— No carnal, es lo más que vale tu boleta de empeño.

— Por favor, considere que es parte de la empresa, que está en el barco; pero nosotros le avisaremos cuando se embarca, ¿de acuerdo?

— Olvídalo, ya no te fío más.

— ¿Cuándo me pagas?

— Voy a echarlo del departamento, ¿lo oye? Usted es un miserable.

(*El enmascarado sale de escena*).

MARIO:

Tengo frío, estoy tiritando. . . Sería estúpido que lo hicieras así, con este pulso. . . Un trago me calmará. No, nada de alcohol, ¿quieres que piensen que tuviste que hacerlo borracho?. . . Vas a ser uno de los "rebeldes" de Camus, no una rata. . . Hubiera ido al Salvador, allá con los del Farabundo Martí mi gesto tendría otras dimensiones, casi épicas. Bájale, al menos no lo harías tú mismo; pero a la guerrilla se la llevó la mierda y todavía estaba aquí. Aún tenía algunas cajas que abrir, dónde tocar, amigos en la agenda de teléfonos. . . Eso creí. Promesas de trabajo, que ahora sí, que dese una vueltecita mañana y ya le tenemos algo. . . Pura mierda. Todos te empujan, quieren que te tragues tu tiempo, tu ritmo, y camines según sus pinchos relojes, a su velocidad y capricho. No es justo, cada quien tiene su minutero. Por qué amarrarse a las costumbres y horario de otros sujetos, a su forma de entender el mundo y agachar la cabeza. . . (*Se asoma a la ventana*). Parece que lloverá. Mejor espero al mediodía de mañana. Bájale, para qué ese plazo. . . Cómo se llamaba el Timoteo, carajo, si le rompí la nariz. Qué memoria para los nombres.

(*El enmascarado entra a la zona vacía y se tira en el piso. La portera entra a recoger las cuerdas del tendedero*).

MASCARA:

No quiero que me encuentren, prefiero perderme, qué sé yo cómo. (*Frente a él entra la lancha, ocupada por Mario, quien saca una botella y un frasco con cápsulas*). No, Mario y la lancha salen. Puedo reaccionar antes de que me haga efecto e intentar nadar. . . Sería horrible morir ahogado. Además no creo que funcionara. (*Light back a la silueta empistolada*). Así es mejor, supongo.

(*La niña sale a pasear un perrillo. La luz de la máscara se apaga*).

MADRE EN OFF:

¡No te dilates!

MARIO:

(*Asomado por la ventana*). Cinco pisos. . . Demasiado ruido. . . ¡Quiúbo pulga!

NIÑA:

¡Quiúboles!

MARIO:

Ya creció tu perro, ¿eh?

NIÑA:

¡Hey! se llama "Pulga", como yo.

MADRE EN OFF:

¡Martha!

NIÑA:

¡Chin! Ni modo, dios Mario. (*Sale de escena*).

MARIO:

No podría soportar un día más como estos. Una semana llena de sombras que han venido a asfixiarme con sus burlas, a certificar que soy un perdedor.

(*La zona "vacía" se enciende. La máscara enfrenta a la pintora y al par de antiguos conocidos*).

MASCARA:

¿Vienen a contemplar cómo fallo de nuevo? ¿A reiterarme con su presencia que soy un error? ¿Que no he sabido hacer nada? ¿A confirmar mi categoría de perdedor? ¡Váyanse a la mierda!

(*Los tres lo dejan solo y salen de escena. Entran por el otro lado al patio del edificio —han cambiado parte de su vestuario por alguna prenda semejante pero de tonos chillantes—, en compañía de la madre de Martha, la portera, Martha y la joven en tubos —con otro atuendo—. Los actores regresan a escena luego de una pausa, espaciadamente. Una pareja sale de escena por el marco vacío de la puerta de la portera, otra abriendo la puerta batiente cerrada en el marco correspondiente a Martha y el resto por el fondo. Después de que salen se van encendiendo las ventanas del edificio pintado en el telón de fondo. Mientras circulan por el patio Mario les apunta y juega a dispararles. La zona "vacía" está apagada*).

MARIO:

Ratas imbéciles, me deben la vida. No saben qué cerca han estado de morir. Llegarán a sus casas ignorando que son como cadáveres en uso de licencia.

*(Se aleja de la ventana, abre el arma, la descarga, contempla largamente una bala y termina por morderla).*

MARIO:

Así estallará.

*(La zona "vacía" se ilumina. El enmascarado está acostado en la cama y la pintora se quita los pantalones frente a él).*

PINTORA:

. . . ¿Mario. . . ?

MARIO:

Ven. . . ; No, lárgate! *(La luz sobre la pareja se apaga)*. No quiero saber nada más de tí, ¿no entiendes?. *(Sale de escena aferrando el revólver, el light back se enciende para proyectar su sombra encogida sobre ella)*. Déjame en paz, por Dios. . . Quiero estar solo. . . solo. . . ¡Qué hacen aquí!

*(El resto de actores entra. Se conducen como burócratas consecuentes al sollozo de Mario).*

MARIO:

Entiendan, soy una persona hecha de sentimientos, no de coger el periódico y comprar una quiniela, de vestirse de traje, checar en el reloj mi vida dos veces al día y soportar que esos caníbales se caguen en mí ocho horas diarias.

*(Los actores se comportan dulcemente, como simples oficinistas: con el consabido periódico, el cafecito y la flojera refulgente de chismes).*

MARIO:

No soy una de esas tripas anónimas que se devoran entre ellas, que existen para tragar, fornicar y cagar. No soy un puerco intestino ulceroso. . . tengo derecho a vivir mi voluntad, no la ajena. . . Por favor, déjenme que viva según pueda. . . como un pájaro, como el agua, dueños de su ruta, haciéndola al ritmo que les da su libertad. . . Se los suplico. . .

*(Los otros actores firman y checan tarjeta antes de salir. Mario se recobra despacio. Regresan el enmascarado, la pintora y el farol colonial. La pintora tiene la boca manchada de tierra).*

PINTORA:

Esto es el mundo, ¿entiendes? Estamos en medio de lo que el hombre ha hecho y que realmente vale la pena. . . No sé explicarme. . . igual que formar parte de una pintura clásica, o ser una creación de. . . Rubens, yo qué sé; pero aquí está todo. . . Cervantes en San Roque, Africa enfrente de la Alhóndiga, a la vuelta de la esquina la Comedie française. . . Está todo, ¿te das cuenta?

ENMASCARADO:

De lo que me doy cuenta es de que tienes el hocico lleno de tierra y de que esto era el desagüe de la ciudad. *(Le friega la boca)*. Puerca.

PINTORA:

¡Me lastimas, suéltame! Carajo, ¿te volviste loco?

MASCARA:

Puerca. *(Recibe una bofetada y echa a correr.)*

PINTORA:

¡Mario, perdóname! ¡Mario!

*(El enmascarado, o máscara, sale de escena).*

MARIO:

Crucé la ciudad. En ocasiones es inútil decir algo, para qué.

*(La pintora sale de escena. Mario se asoma por la ventana, repara en una mosca, abre una hoja e intenta ahuyentar al insecto y termina aplastándolo).*

MARIO:

*(Contemplándose el canto de la mano)*. Hola Mario, *(Limpiándose recoge la pistola y hace girar el barril)*. Perfecto. Todavía huele a aceite, ¿cuándo la limpie?

MARTA EN OFF:

¿'Má, a qué horas tienes?

MADRE EN OFF:

¡No grites escuincla! Las siete y cinco.

MARTA EN OFF:

¡Chin, mi novela! ¿Puedo encender la tele?

MADRE EN OFF:

¿Y la tarea?

MARTA EN OFF:

¡Ay, 'má, luego!

MADRE EN OFF:

¡A' estudiar o la nalgueo!

*(Mario se introduce el cañón en la boca causándose náuseas. Al sacarlo se golpea un diente. Vuelve a intentarlo pero no resiste el asco. Lo saca, limpia y apoya contra la sien. Incómodo no se decide a disparar).*

MARIO:

¿Y si choca contra el hueso y se desvía? es muy chica. *(Abre el tambor, saca la bala masticada y vuelve a cargar el arma)*. No creo. *(Revisa alrededor)*. Espero no salpicarlo todo. *(Se fija el turbante acercándose al teléfono. En la zona "vacía" se enciende la luz y vemos a la muchacha en tubos tejendo frente al televisor)*. No te dije nada, ¿Qué podías hacer? Además, no es

tu culpa, nadie tiene la culpa. . . Todo esto es una mierda. (Se aleja del teléfono, la luz sobre la muchacha se apaga. Mario coloca un disco. Escuchamos fragmento de "La primavera", correspondiente a "Las cuatro estaciones" de Vivaldi. En light back lo vemos colocarse la pistola contra la sien). Nunca había estado tan seguro, tan tranquilo como ahora. . . qué raro y qué bello. . . Esto es hermoso.

(Sobre el fondo musical se oye el "click" de una pistola encasquillada, seguida de la explosión falsa de un casquillo corto. Mario regresa a escena algo quemado en la sien, la pistola en la mano y llorando).

FIN





2o. LUGAR

EL ALMA DE JOEL PAREDES

*por Benjamín Valdivia*

PERSONAJES:

*Alma de Joel Paredes*

*Joel Paredes*

*Maru*

*David Estrada*

*El Jefe*

*El Gerente*

*El Sargent*

*Vigías Uno y Dos*

*Empleados*

*Actores Impersonales*

*(El telón está cerrado / El alma entra por público)*

ALMA:

Yo soy el alma de Joel Paredes. Se preguntarán ¿qué es lo que hago yo solo, sin mi cuerpo? Porque todo cuerpo tiene un alma así como toda alma tiene un cuerpo. Si lo tenía, pero. . . ¿cómo decirlo? Bueno, lo ando buscando y toco así mientras tanto, con mi guitarra. Tengo que encontrarlo, es difícil de explicar. ¿Nunca les ha sucedido? Mejor les voy a mostrar lo que pasó para que yo ande por ahí, como alma en pena. Hay varios personajes que ustedes irán reconociendo. Pero vamos a empezar: Joel y Maru se van a casar y hacen planes, como todos. *(Se abre el telón. En escena Joel y Maru. El alma observa desde un lugar visible).*

JOEL:

También vamos a comprar una televisión y un radio, para ponerlo en la ventana; y un mueble para la sala. Una sala bien grande donde podamos hacer una fiesta con muchos, muchos invitados.

MARU:

Y las pirámides de Egipto.

JOEL:

¿Cómo?

MARU:

Sí, las pirámides para ponerlas en un rincón de la sala. Como eres millonario, ¿verdad?

JOEL:

Millonario no, pero ya pedí un aumento. Ahora que me lo den vamos a comprar un librerito y una mesa de buen tamaño y. . .

MARU:

Y la alameda. ¿Deveras te van a dar más?

JOEL:

Y no solo eso, sino que, además, me van a dar un premio por mis cinco años de servicio. *(Nostálgico)*. Cinco años, Maru.

MARU:

Cinco años ya. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? ¿Dónde fue?

JOEL:

En una escuela.

MARU:

Ajá, ¿y luego?

JOEL:

Yo te seguí hasta el camión. Tú volteabas como diciendo que no. Te seguí de todas maneras.

MARU:

¿Y, yo qué hacía?

JOEL:

Caminaste más aprisa. Yo también. Te alcancé y te dije: "Hola Enrique.

ta". (*Maru ríe*). Te dije "Hola Enriqueta, tanto tiempo sin verte, ¿por qué corres?" "No soy Enriqueta", dijiste y aceleraste el paso. Te detuve y te dije "No, realmente no eres Enriqueta, pero, ¿por qué no buscarle un buen título a tu pelo? Eres morena y. . .

MARU:

¿Y qué?

JOEL:

Yo soy Joel, Joel Paredes. A sus órdenes.

MARU:

Sigues siendo un mentiroso. (*Joel tararea una canción, bailan, entra David*).

JOEL:

Pásale David. ¿Qué dices? ¿Qué pasó?

DAVID:

Hola, Maru. Nada, Joel. Que mañana es la reunión para premiar (*imitando la voz del Jefe*) "a los buenos empleados que han dado lo mejor de su vida por la superación y el desarrollo de esta institución a través de la cual sirven a la patria y a sus intereses".

JOEL:

¿Mañana? Eso está muy bien. (*A Maru*). ¿Ves? Mañana me dan el aumento.

DAVID:

¿Cuái aumento?

JOEL:

El aumento, el que pedí.

DAVID:

¿No habíamos quedado ya en eso? Que las peticiones y aumentos se iban a juntar para pedir todos.

MARU:

Es que nos vamos a casar.

DAVID:

Şí, pero los acuerdos son acuerdos.

JOEL:

Ya cálmate. A tí también te van a premiar ¿no?

DAVID:

Así es. Pero somos muchos los que estamos en ese trabajo. Y si ya habíamos quedado que todos ¿qué te crees? (*Trans.*) Bueno, ¿cuándo es la boda? Porque yo quiero ser el padrino.

JOEL:

Boda, lo que se dice boda, pues no.

MARU  
Pronto.

DAVID:  
A ver cómo te va con el roñoso aquél, Joelito.

JOEL:  
Ten fe, hombre. Uno no tiene nada que perder, más que sus cadenas. Uno sólo tiene la fuerza para trabajar.

DAVID:  
Yo me voy, a preparar algo para celebrar.

MARU:  
Joel y yo también vamos a buscar algo. (*Salen los tres*).

ALMA:  
(*Al público*). Esto que sigue ocurre de noche: el jefe y el gerente discuten las cuestiones de la oficina.

(*Entrando con el gerente*). Yo creo que eso es muy pertinente.

GERENTE:  
Sí, es sin duda un buen empleado, servicial, cumplidor, no se queja de todo como los otros esos aquéllos.

JEFE:  
Sin Joel, el departamento de contabilidad se vendría abajo. Es único haciendo cuentas. Una vez detrás de la máquina, no hay quien lo pare. El merece lo mejor.

GERENTE:  
Sí, en verdad merece lo mejor. Y ahora, con motivo de sus cinco años de servicio, más.

JEFE:  
Además, se va a casar el muy pícaro.

GERENTE:  
Y no está nada despreciable la muchacha. (*Sonríe*).

JEFE:  
(*Carraspea*). No vayamos a desviarnos del tema.

GERENTE:  
Yo creo que lo merece todo.

JEFE:  
¡¿Todo?! (*Carraspea*). Yo creo que una generosa recompensa de nuestra parte estaría bien, pero no todo.

GERENTE:  
A eso me refería yo. Es que ya ve como son esas gentes: unos pobres diablos. Necesitan nuestra ayuda.

JEFE:

*(Cantando paternalmente)*. Qué chulos son los empleados. Más cuando están desvelados.

GERENTE:

*(Aparte, como una cosa paralela a la canción)*. Y las empleadas, más.

JEFE:

*(Continuando)*. Porque hacen todo con sus manos.

GERENTE:

Y las empleadas más.

JEFE:

Que trabajan como hermanos.

GERENTE:

Y con las empleadas, más.

JEFE

*(Terminando con gran falsete operístico)*. ¿Qué sería de la oficina sin ellos?

GERENTE:

*(Haciendo coro al final, a tempo)*. Y sin las empleadas, más.

JEFE:

*(Volviendo al tema)*. Y ha pedido un aumento el muchacho.

GERENTE:

Aprovechando la ocasión de la boda, regalémosle una recompensa a todo color.

JEFE:

Es cierto, vamos. *(El gerente sonríe, salen. Entran los empleados y se acondiciona el escenario para la gerencia. En tanto, el alma canta)*.

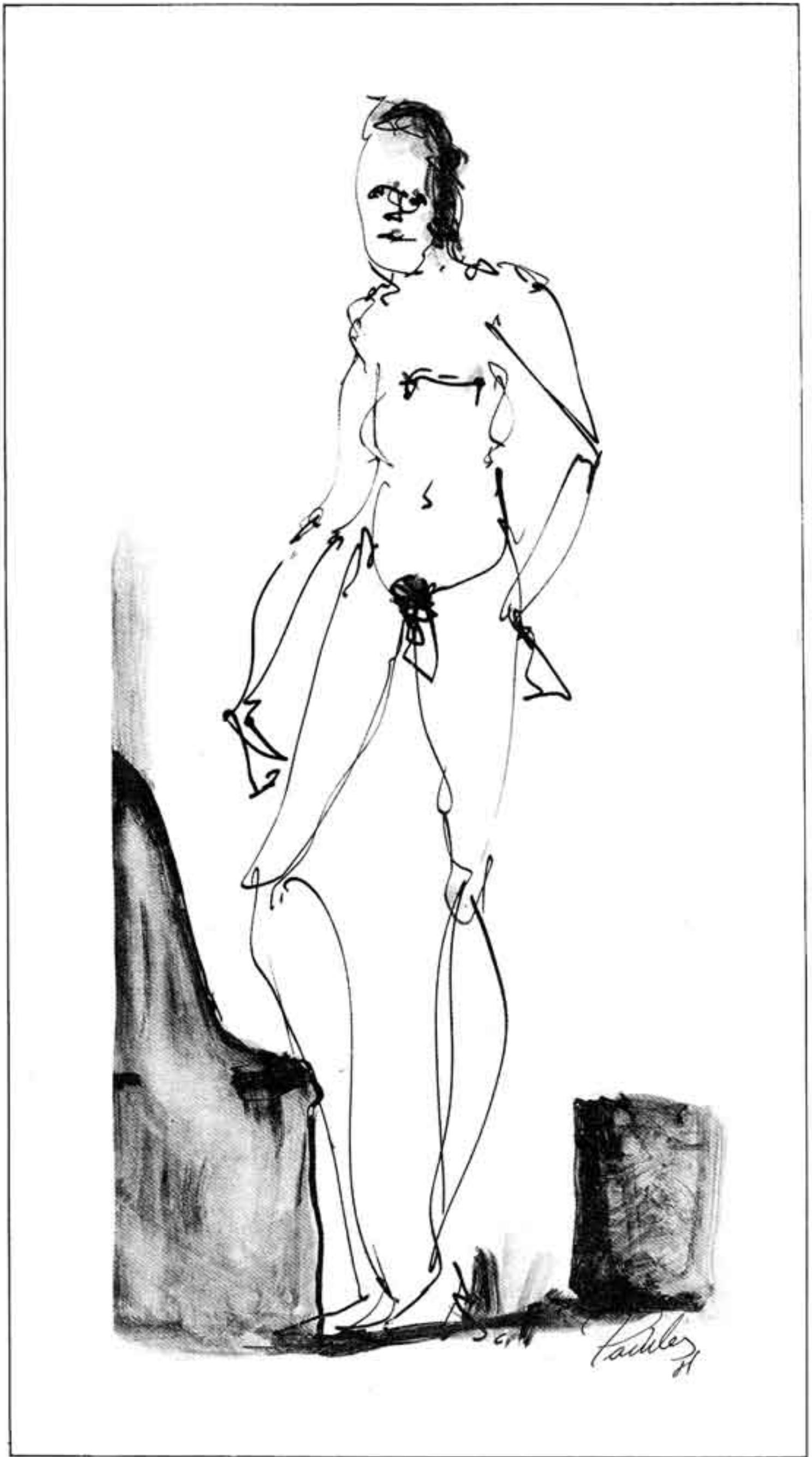
ALMA:

“JARANA DE JOELITO ILUSIONADO”

Tú la quieres mucho, mucho  
Ella te quiere también  
Pero la cuestión de amores nunca nos da  
de comer.

Tú estás muy enamorado  
porque eres bueno Joel  
Pero nunca te enamores  
de lo que no puede ser.

Ay mi Joel, Joelito  
cuándo vamos a aprender  
que las ilusiones mueren  
antes del amanecer.



EMPLEADOS:

(*Con rosetones de colores chillantes, collares y adornos de papel.*) ad. lib.

- A mí me tocó premio el año pasado
- A ver si este año está mejor
- Es pura burla
- Nada más les toca a dos
- Supiste que se casa Maru
- Con Joel ¿verdad? y le toca premio
- Cállense que viene el jefe
- Cuál cállense, es día de fiesta.

(*Entra el jefe con aspecto de estrella de cine y un gran puro. Una empleada le pone un collar. El jefe le arroja coquetamente el humo. Carraspea.*)

JEFE:

En esta sencilla ceremonia, quiero que todos estén contentos, como siempre han estado. (*Un empleado hace una trompetilla*). Una silla, por favor. (*Le acercan la silla, sube, saca un papel, carraspea y lee*). “A todos los buenos empleados que han colaborado en este esfuerzo común y que precisamente en esta fecha cumplen cinco años de servicio, queremos darles un estímulo por su dedicación al trabajo y su cooperación valiosa en la cual han dejado lo mejor de su vida por la superación y el desarrollo de esta institución a través de la cual sirven a los intereses de la patria”. (*Los empleados aplauden. Uno repite la trompetilla. El jefe carraspea*). David Estrada y Joel Paredes, si gustan pasar al frente, por favor. (*David pasa al frente, Maru jala a Joel aparte*).

MARU:

¿Y el aumento?

JOEL:

Ahorita me lo da, yo le pido, le digo ahorita.

JEFE:

¿Joel? ¿No está Joel Paredes?

JOEL:

(*Pasando al frente con David*). Presente, señor.

JEFE:

Jóvenes: Tengo el placer de otorgarles un aliciente a su enorme y constante esfuerzo demostrado durante cinco ininterrumpidos años de trabajo fecundo y creador en la empresa. (*Entra el gerente llevando en un cojín típico de coronaciones dos sobres brillosos*).

JOEL:

Señor, le había pedido. . .

JEFE:

Sí, sí, la comisión ya lo está estudiando ¿cómo olvidarme de lo que me habías pedido? Un permiso ¿verdad?

JOEL:

No, un aumento.

JEFE:

Ah, sí, sí, un aumento. Tienes razón, La Comisión respectiva ya lo está estudiando, ¿cómo olvidarme de lo que me habías pedido? No te inquietes. En tanto, aquí está su premio, David (*le da un sobre*) y el tuyo, Joel (*le da el otro sobre*) y no se preocupen por agradecer, yo se que lo agradecen mucho. (*Aplausos y especulaciones acerca del contenido. El gerente sale ceremonioso*). Hasta mañana, señores. Y no olviden llegar temprano: la institución y la patria los han de premiar, como siempre. (*Empiezan a abrir los sobres. Aumenta el tono de las especulaciones. El jefe sale*).

EMPLEADOS: ad. lib.

- ¿Qué traerán?
- Eso es pura burla
- ¿Que te vas a casar, Maru?
- Unos cinco mil, unos mil por año.
- Vamos medias, David.
- El año pasado, puro jalapeño.
- Agárrense que les va la sorpresa.
- Eso dicen siempre, ¿verdad tú?

(*Antes que logren ver el contenido entra el gerente*).

GERENTE:

Se nos olvidaba el evento importante: la boda (*sonríe*). Ustedes, afortunada pareja, recibirán mañana un lindo televisor de nuestras fábricas "La Gran Idea", uno de esos que se prenden solos. Una recompensa a todo color para que vean los programas favoritos. Con su permiso. (*Sale*).

MARU:

Bueno, ya tenemos televisión.

EMPLEADO:

Pero es lo único que tienen.

DAVID:

Un pase para dos personas.

EMPLEADOS:

¿Qué?

EMPLEADA:

(*Viendo la tarjeta que venía en el sobre*). Que todo el premio es un pase para dos personas, para un restaurante.

JOEL:

(*Leyendo su pase*). “Bueno por dos cubiertos. El Golden Doberman Rístorant”.

MARU:

Pero te van a dar el aumento ahora que lo estudie la comisión.

JOEL:

Ya no creo en eso, siempre dicen lo mismo: “ahora que lo estudie la comisión, ahora que lo estudie la comisión”. Al final no dan nada, pura miseria. (*Se arrodilla. Los empleados forman una concha a su alrededor. El alma canta.*)

ALMA:

“VAIS DE LA ILUSION CAIDA”

Ilusiones caídas que quedaron  
al hacerse pasado lo deseado  
porque todos queremos que nos llegue  
desde arriba resuelto lo esperado.

Ilusiones caídas que golpean  
cuando el mundo no es como deseamos  
Para que el mundo cumpla lo querido  
con nuestras manos debemos arreglarlo.

JOEL:

Con nuestras manos debemos arreglarlo.

ALMA (*Continuando*):

Porque todos queremos que nos llegue  
desde el jefe resuelto lo esperado.

DAVID:

Caray, yo esperaba algo mejor. ¿Se imaginan? Cinco años son cinco años y solamente un pase para dos comidas.

EMPLEADO:

A uno le chupan la vida y así pagan. (*Haciendo un ademán fálico*). Después de cinco años de malcomer, un día de indigestión. Por eso digo que nos organicemos.

JOEL:

Renuncio.

MARU:

Ve lo de la boda.

EMPLEADO:

Vamos al aumento, es la defensa que tenemos contra el uso brutal de nuestra sangre.

JOEL:

¿Cuál aumento? Yo renuncio.

DAVID:

No seas tan impulsivo, piensa en algo para solucionar.

JOEL:

Cuál solucionar, yo renuncio. (*Va a salir pero regresa. A Maru*): Pero nos casamos, vas a tener tu sala grande y tu mesita. Ya veremos. (*Sale*).

DAVID:

(*Sale siguiéndolo*). Mejor vamos a pensar una solución, Joél. (*Los actores acondicionan el escenario. En tanto, el alma canta*).

ALMA:

Nadie sabe en este mundo  
lo que puede suceder  
cuando alguien se desespera  
por un mal acontecer.

(*Al público*). Jugaron a la mala. Aunque, aparte, Joél se los creyó, que el aumento y que los premios y todo eso del cuento. (*Trans.*) Pero les voy a platicar lo que pasó luego. El jefe y el gerente fueron a la calle nacional y. . . (*Entra el jefe con el gerente*).

JEFE:

Hace frío en este lado de la ciudad ¿no es cierto?

GERENTE:

Mucho frío, pero aquí los vamos a encontrar.

JEFE:

¿Tardarán mucho?

GERENTE:

Aquí mismo vienen. (*Entran el Sargent y los Dos Vigías*).

EL SARGENT:

(*A los Vigilantes*). Saluden aquí a los señores.

UNO:

A sus pies.

DOS:

El gusto es mío.

EL SARGENT:

Ora cerdos, saluden bien. (*Saludan de mano*). Ora sí, señor jefe, a sus órdenes serviciales.

JEFE Y GERENTE:

(*A la vez*). Pues nos preocupa el estado de. . .

JEFE:

Disculpe usted, dígale.

GERENTE:

No, no, así nada más nos desprestigiamos. Hable usted.

JEFE:

Gracias. (*Al Sargent*). Pues nos preocupa el estado de cosas en la oficina. Notamos un clima tenso, una atmósfera de presión.

EL SARGENT:

(*A los Vigías*). Cuádreense. Fírmes. (*Al jefe*). Eso es muy natural. Digo, que le preocupe. ¿Y en qué se dió cuenta que la cosa ya no le funciona tan bien?

JEFE:

No, si la cosa sí me funciona. Me preocupa el descontento que parece vi-  
ciar a los empleados. Oí algo de organizarse y ya no me quieren como  
antes.

DOS:

Pos si la cara la tiene de bueno, no se por qué no lo quieren.

EL SARGENT:

Aquí habla cuando yo le diga. Firmes. (*Al jefe*). Continúe, por favor, se-  
ñore jefe.

DOS:

Sí es cierto, continúe pa'ya no irrumpirlo.

UNO:

Interrumpirlo, güey.

DOS:

Por eso.

EL SARGENT:

Firmes.

JEFE:

¿Es un pequeño escuadrón el de ustedes?

EL SARGENT:

Yo era veterano de Vietnam allá en Lous ányeles, por el setenta y cinco y  
me dije: "si eso sabes hacer, pues eso haces" y aquí me tiene dirigiendo es-  
ta pequeña compañía privada para casos de persecución, investigación, et-  
cétera y similares.

DOS:

Aquí mi Sáryent es de lo mejor que nos ha caído por acá, nos sacó del vi-  
cio y nos dió una valiosa oportunidad.

JEFE:

¿Ah, sí?

EL SARGENT:

Darle disciplina y obediencia a la gente es lo mejor que hay para hacer  
bien las cosas, estas cosas. Para arreglar las situaciones que estén mal.

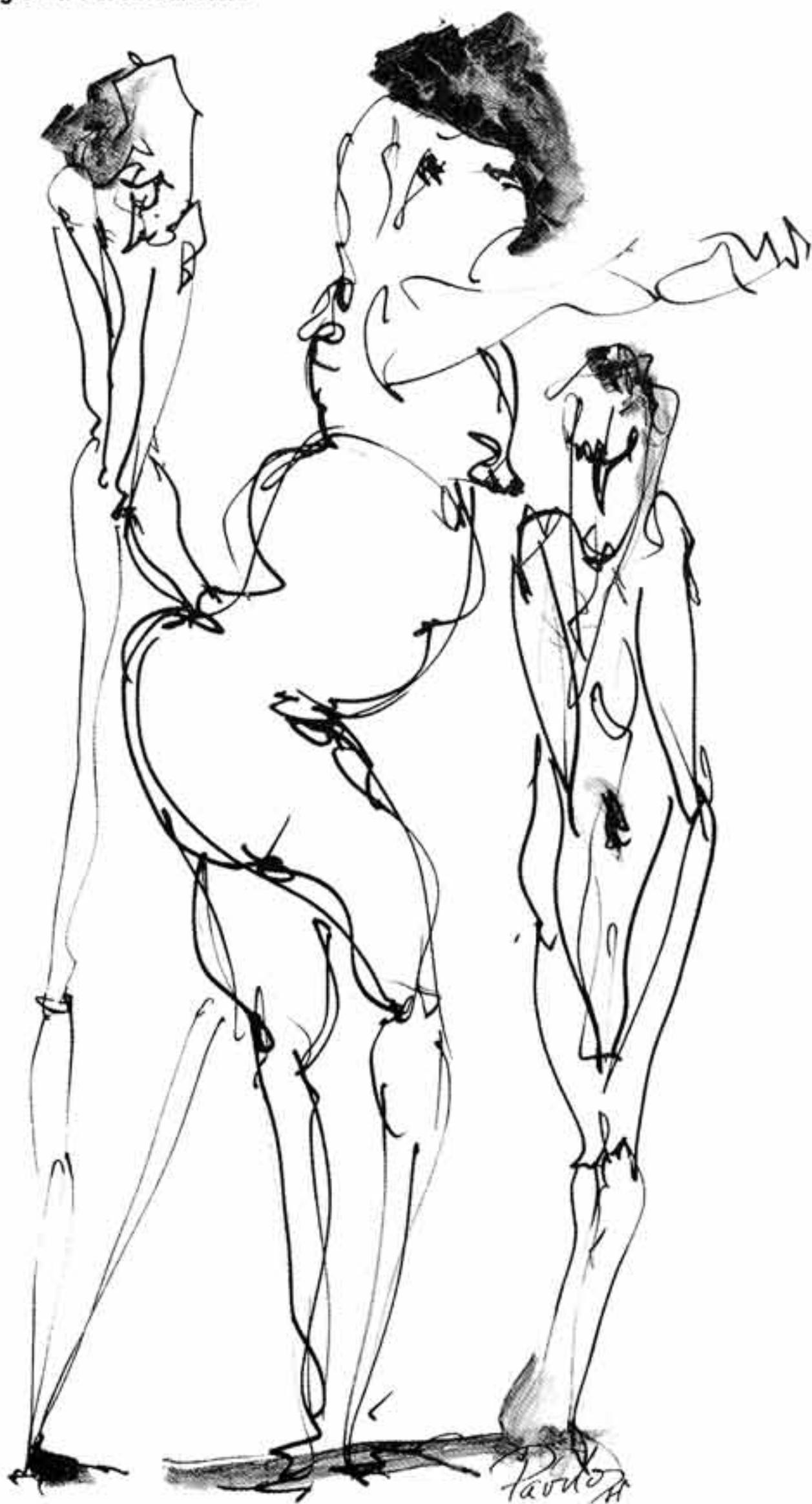
GERENTE:

Sin duda, sin duda.

TERCER LUGAR

VIÑETA

Sergio A. Pérez Sánchez



JEFE:

Pues precisamente noté que está mal la situación porque no aceptaron gustosos mis regalos, las empleadas ya no me ven como antes.

DOS:

¿No le estarán fallando las baterías de vanguardia?

EL SARGENT:

Con una chingada, ¿no van a dejar hablar aquí al señore? ¿Y luego su libertad de expresión?

UNO:

(*Al dos*): ¿Y luego su libertad de aspersion?

DOS:

Ah, pos sí.

EL SARGENT:

Cómo joroban, desgraciados. Firmes, media vuelta, jálenle, un, dos, un, dos, un, dos. (*Los Vigías quedan al otro lado del escenario*).

GERENTE:

Mientras llegan a un acuerdo favorable, voy a dar una vueltecita. (*Va al lado de los Vigías y lleva dos botellas de vino*).

JEFE:

(*Sugerente*). Al fin solos.

EL SARGENT:

Estábamos en que no lo querían, ¿y luego?

JEFE:

Pues quiero que me investigue a los empleados para aplicarles la Ley.

EL SARGENT:

¿Toda?

JEFE:

Toda. Los vigila y yo me encargo.

EL SARGENT:

¿Nomás vigilados? Nosotros nos encargamos.

JEFE:

Nomás vigilados.

GERENTE:

(*Desde su lado*). ¿Ustedes dos se encargan, jefe?

EL SARGENT:

Cómo no, por algo nuestro pequeño escuadrón se llama: "Escuadrón de los vigías audaces, silenciosos y eficaces teléfono dieciocho, diecinueve, ochenta, sesenta y siete a sus apreciables órdenes para trabajos artísticos y comerciales". (*Trans.*) Vigías, Vigías. (*Los Vigías se acercan al igual que el gerente. Las botellas están a medias ya*).

VIGIAS:

(*Cuadrándose*). A sus órdenes mi estimado sáryent. (*Uno se tambalea*).

EL SARGENT:

Miren nomás en que estado están, ¿dónde habían estado?

UNO:

(*Aparte al Dos*): Es por el vino del catrín, uno no está acostumbrado a esas finuras.

EL SARGENT:

¿Qué dónde habían estado?

DOS:

Siempre a sus órdenes mi estimado sáryent.

EL SARGENT:

Vamos a buscar al culpable para aplicársela.

UNO:

¿Toda?

JEFE:

Toda.

DOS:

Híjole.

UNO:

Ay.

JEFE:

¿Qué les diste?

GERENTE:

Les dí valor y amor a la camiseta.

JEFE:

¿No podría mejorarse el estado de sus valerosos vigías?

EL SARGENT:

Sí, cómo no. (*Los actores despejan el escenario. En tanto, el alma canta*).

ALMA:

“CORRIDO DE TRISTE SUERTE”

Ay pero que triste vida  
la vida de los paisanos  
que duermen, hablan y ayunan  
con el fusil en las manos.

Ay pero que triste suerte  
la muerte de los paisanos  
que sus manos no son suyas  
son del dinero y sus amos.

EL SARGENT:

*(Con un látigo descomunal y una silla de domador).* A ver, cabrones.

UNO:

N'ombre mi sáryent, ya nos cansamos.

EL SARGENT:

¿Cómo que ya se cansaron? Aquí no se admiten maricas, órale.

DOS:

¿Por qué nos trata así, si somos lo mejor del escuadrón?

EL SARGENT:

Si nomás son dos.

DOS:

Hasta mi primo ya tiene su diploma y su medalla de latón del bueno ese.

EL SARGENT:

Pos órale jijos del maíz, a que les den también su diploma, a que se hagan hombres, chingao. *(Los vigías van desfalleciendo a través de los ejercicios que se les ordenan).* Media vuelta, media vuelta, media vuelta, a saltarse, ya. *(Hacen el juego del burro al ritmo marcado).* Un, dos, un, dos. *(El Sargent, fresco, da una revisión autoritaria).* No aguantan nada, parecen unas bailarinas de esas finitas finitas. A ver, para irnos, entonces: Usted *(al Uno)*: es un elemento sobre el que estamos trabajando y usted *(al Dos)* va a defenderse armado de las fuerzas, ya. *(Los vigías fingen una pelea donde el Sargent hace de árbitro, separándolos a veces como en el box. Los contendientes van doblándose hasta quedar tendidos).* No, no, no, así nomás nos desprestigiamos. *(Advierte la presencia del público y consulta al jefe).* Es un entrenamiento de rutina, para que vean cómo combatimos la delincuencia común y el narcotráfico de armamentos, para que vean que los particulares también ayudamos a las gloriosas instituciones patrias. *(Saca a los vigías del escenario y regresa).* Para que se anden con cuidadito, ¿eh? *(El jefe y el gerente cantan.)*

JEFE Y GERENTE:

JEFE Y GERENTE:

“CANTO DE LA SOPA”

Para esta sopa queremos  
no dar oportunidades  
que con la fuerza y las leyes  
ganaremos mil bondades.

Tenemos miles de cabezas  
como ganado en la sopa  
Y aquí al que parte y reparte  
la mayor parte le toca.

JEFE:

Con su permiso. *(Sale).*

GERENTE:

Lo alcanzo en un minuto, señor.

EL SARGENT:

Adiós, señore.

GERENTE:

Por la confianza que nos tenemos, me atrevo a pedirle un gran favor, bueno, en realidad es un pequeño favor.

EL SARGENT:

Cómo no, sino ¿cuándo los del mismo bando?

GERENTE:

Que me facilite su bella y vistosa chamarra, para unos propósitos posteriores, ¿mh?

EL SARGENT:

No, cómo voy a hacer eso, es imposible, es mi identificación, por ella soy lo que soy, no, no, no.

GERENTE:

(*Sacando algunos billetes*). Anímese, ¿qué le cuesta?

EL SARGENT:

Nomás por ser usted. (*Recibe el dinero y le da su chamarra y la gorra*).

GERENTE:

Gracias, gracias.

EL SARGENT:

Además, ya me iba a tomar unas vacacioncitas.

GERENTE:

No se arrepentirá. (*Sale. Entran los vigías con las botellas*).

DOS:

¿Qué le pasó, mi sáryent?

UNO:

Lo asaltaron.

DOS:

Mire nomás, así sin chamarra ya ni lo desconocía ahoritita que lo ví.

EL SARGENT:

La mandé a la tintorería. (*Trans.*) ¿Y qué les importa a ustedes? Vigías, firmes. A hacer guardia a ver lo que hacen y dicen los empleados. Media vuelta. (*El Sargent sale feliz contando el dinero. Los vigías permanecen en su posición hasta que se percatan de la usencia del Sargent*).

DOS:

¿Ya se fue?

UNO:

Sí, parece que ya se fue. (*Toma de la botella*).

DOS:

Chale, otra vez a la guardia.

UNO:

Y el Sáryent allá con sus güeras.

DOS:

Fíjate que el catrín era más aventado que el ruquito. (*Entra el Sargent*).

SARGENT:

Andan tomando, andan tomando.

DOS:

Cómo cree en esas cosas, lo dicen por asprestigiarnos.

EL SARGENT:

Desprestigiarnos, burro.

UNO:

Ya ve como sí nos hacen eso.

EL SARGENT:

Los voy a estar vigilando. (*Sale. Los vigías apuran el contenido de las botellas y estallan en carcajadas evidentemente afectadas, amenazan a fantasmas y al público. El alma canta*):

ALMA:

“BOLERO DE LA POBRE GENTE:

Pobre yo soy aunque trabajo  
Aunque me canso no tengo dinero, ay qué pobre soy  
Pero yo se que este mundo  
un día va a florecer  
Se acabará la guerra  
y viviré en la tierra, la casa y el pan.

Pobre soy yo y soy soldado soy trabajador  
soy campesino estudiante, ay qué pobre soy  
Pero yo se que la vida  
un día nos va a llegar  
estará mejor todo y viviré con todos  
la tierra y el mar.

(*Los vigías hacen comentarios incoherentes. El alma, al público*): Joel y David iban caminando, buscando solución a sus problemas. Se toparon con los vigías y esto pasó, miren: (*Entran Joel y David*).

DAVID:

Por eso te digo que el sindicato debe exigir el aumento y juntarse con otros sindicatos. Sin dárselas al patrón.



JOEL:

Tal vez, tienes razón.

UNO:

(*Al Dos*): ¿Oíste? Sindicato. Estos son los culpables.

DOS:

(*Golpeándolos*)' Méndigos, por eso no prospera la patria, por güevones como ustedes, odidos, enemigos del patriarca y del orden establecido. (*Los empleados corren. El Uno tira al aire y los empleados se tiran al suelo*).

UNO:

(*Encañonándolos*). ¡Jálenle cabrones!

DOS:

(*Encañonando a David*). ¡Camínale pa'l írente, puerco! (*Salen. En el escenario se proyectan distintos contrastes, por ej.: una flor y un muerto, un pájaro y un fusil, una residencia y una casa de barrio, etc., hasta finalizar con los dos grupos de la obra. Se oyen detonaciones. Entran los vigías. El alma está afinando su guitarra*).

UNO:

Cómo se te fue a pelar el puerco aquél.

DOS:

Pero el otro sí valió madre. (*Advierten la presencia del alma*).

ALMA:

¿Por qué mataron a Joel?

UNO:

(*Encañonándolo*): ¿Joel? ¿Cuál Joel? ¿Tú, quién eres?

ALMA:

Yo soy el alma del que mataron.

UNO:

(*Aparte al Dos*): Con razón se veía tan pálido, es el alma del que matamos. (*Reflexionando y escondiéndose atrás del Dos*). Es un fantasma.

DOS:

(*Escondiéndose atrás del Uno*): Es una aparición.

UNO:

(*Aparte al Dos*): Dile que se rinda.

DOS:

Ríndete, güey. (*Al Uno*): No contesta tú.

UNO:

Déjame a mí. (*Al alma*): Ríndete ya, órale. (*Al Dos*): No contesta, deveras

ALMA:

Soy Joel Paredes, el alma de Joel.

DOS:

Yo no fui, no me lleve a mí.

UNO:

Yo no fui, lléveselo a él, mire. *(Salen corriendo los vigías y vuelven con el cuerpo. Uno trae una pala. Entra el jefe por el otro lado y permanece inmóvil, mirando la escena. El alma canta):*

ALMA:

“MARCHA DE JOEL SEPULTADO”

Ya se va, ya se va  
el muerto como tempestad.  
Ya se va, ya vendrá  
completo resucitará.

DOS:

Hay que enterrarlo para que ya no se aparezca y descanse en paz. ¿Onde mero lo ponemos?

UNO:

Donde no se note, cerca de la barda. *(Comienzan a cavar).*

DOS:

¿No será sacrilegio? Digo, porque no va a quedar en camposanto.

UNO:

Pos que le hechen la bendición si lo hayan. ¿O qué? ¿Lo ponemos donde se vea?

DOS:

No, mejor échale tierra. *(Acomodan el cuerpo y lo sepultan. Le rezan al muerto en tanto entra el Sargent por el lado del jefe).*

EL SARGENT:

¿Sabes quién manda?

JEFE:

¿Por qué me lo preguntas? Yo no sé nada.

EL SARGENT:

Mádras que.

JEFE:

Te va pues otro sobre. *(Saca un sobre).*

EL SARGENT:

No, ya no quiero sobres, ora voy a mandar yo. Quieras o no quieras.

JEFE:

Aquí tradicionalmente hemos mandado los civiles, preparados para ello, civiles, por supuesto. Civiles igual a civilizados, ¿me entiendes?

EL SARGENT:

La fuerza es la que manda, pero ustedes sacan la cara para disimular.

JEFE:

*(Sacando un librito gordo)*. ¿Cómo te atreves? *(Conjurando con el libro)*. El artículo quinientos ochenta y dos en su fracción tercera, te prohíbe faltarme al respeto.

EL SARGENT:

Ora me vas a presumir de señorito, cabrón.

JEFE:

*(Mostrando el libro siempre como evidencia de lo que dice)*. En el artículo treinta y cuatro, interior tres, esquina con Flore Magón, dice que no puedes alzarme la voz.

EL SARGENT:

*(Incrédulo)*. ¿Que no puedo? *(Saca la pistola)*. Con ésta no necesito Ley.

JEFE:

*(En pose de líder)*. La patria necesita de nosotros, pero nuestros enemigos quieren dividirse, es hora de una Alianza Nacional, de una Alianza para la Nación.

EL SARGENT:

*(Deslumbrado)*. Seguiremos fieles a la legalidad nuestra. *(Salen ambos)*.

UNO:

*(Al Dos)*. Vámonos antes de que se aparezca.

DOS:

Sí, mejor vámonos. *(Salen)*.

ALMA:

*(Al público)*. Como les dije, yo soy el alma de este pobre que está ahí. Y como vieron, le ha ido muy mal. Tan lleno de vida que estaba, hasta se iba a casar. Y ahora yo estoy sin descanso hasta que todos se enteren de su muerte. Antes, Joel iba a ver a Marujita y tenía la ilusión del aumento que le darían en la oficina, que la comisión y que vamos a ver. Pero los aumentos nunca son suficientes, la cosa va más allá. *(Canta. Para acompañar la canción podría entrar un actor con una conga o bien Joel se levanta a cantar y al acabar la canción, vuelve a su postura de muerto)*.

#### “CUMBIA DE LA HARINA”

Aay mira mira Juana  
mira Josefina  
mira que no hay nada  
para la cocina.  
Mira que no hay huevo (mira que no hay huevo)  
mira que no hay harina (mira que no hay harina)  
mira que no hay nada  
para la cocina.  
Aumenta la luz (aumenta la luz)  
aumenta la leche (aumenta la leche)  
pero aquí no aumentan  
mira tú los sueldos.

Aay mira, mira Juana  
mira Josefina  
aquí nunca hay nada  
para la cocina.

ALMA:

Joél, mira Joél, la vida sigue con sus flores y las casas y en tanto Maru te espera en la oficina.

JOEL:

*(Levantándose mágicamente con lo último que dijo el alma)*. Es cierto, Maru me espera en la oficina. *(Trans. al alma)* ¿Y tú, quién eres?

ALMA:

Soy tu alma.

JOEL:

Me siento como si estuviera en otro mundo.

ALMA:

Es que ya estás en otro mundo, el mundo subterráneo.

JOEL:

¿A dónde se fueron los árboles?

ALMA:

No Joel, aquí ya no habrá casas ni ciudades.

JOEL:

¿Ya no podré ver a Maru?

ALMA:

La verás, cuando seas un ramo de violetas o el agua de una fuente donde ella se siente a recordarte, antes no.

JOEL:

Pero ¿hoy?

ALMA:

No Joel, cuando seas un papel en su oficina o una luz en medio de la tarde, antes no. *(Salen. Se oye una lejana marcha festiva. Entran David y Maru)*.

DAVID:

Corre que ya viene el desfile. *(La banda se oye cercana. El desfile se sugerirá con un cenital que recorrerá el escenario de lado a lado, seguido por la mirada de los actores en escena. La música se aleja por el otro lado. El desfile pasa)*.

MARU:

El año pasado vi el desfile con Joel.

DAVID:

Uno nunca sabe lo que puede pasar.

MARU:

Pero Joel no está.

DAVID:

Nos separaron, yo corrí y ya no volvimos a vernos.

MARU:

Pero tú estás aquí y él no. Joel. (*David se molesta y sale. Entra el alma*).

ALMA:

Pues sí. Yo soy Joel, es decir, que soy su alma.

MARU:

¿Y?

ALMA:

Ando penando por el mundo este de aquí.

MARU:

¿Y cómo hacer para que estés tranquilo?

ALMA:

Te diré qué hacer para que yo descanse. Mira: ve al lugar donde está mi cuerpo a plena luz del día, para que la gente vea que hay muertes injustas.

MARU:

Pero ¿dónde está tu cuerpo?

ALMA:

(*Esfumándose*). Tú debes buscar, buscar, buscar.

MARU:

Dime dónde, no te vayas.

ALMA:

(*Saliendo*). Buscar, buscar, buscar.

MARU:

Te encontraré, para que vuelvas. Para casarnos como lo teníamos planeado. Para comprar el librerito y el radio y ponerlo en la ventana y las pirámides y la alameda, lo que tú quieras y los árboles con su mesita de sala. Joel, Joel ¿dónde estás? (*Canta*):

#### “CANCION DE LA ESPERANZA”

Te encontraré bajo las hojas  
bajo la suave luz de las verdades.  
Te encontraré cuando las horas  
renazcan en los prados y en las calles  
Te encontraré porque tú eres  
la esperanza que iniciaron nuestros padres  
Te encontraré  
porque eres cambio y realidad.

(*Con un fondo persistente a contrabajo se inicia la búsqueda en una parte que debe ser corta e impactante. Entran los actores impersonales, tal vez con máscaras y mezclándose entre el público. Dicen los parlamentos de la búsqueda*).

ACTORES: ad. lib.

- ¿Dónde está Joel Paredes?
- ¿Quién es Joel?
- Usted sabe ¿dónde está?
- ¿Quién lo mató?
- ¿Usted es Joel Paredes?
- ¿Usted sabe dónde está?
- ¿Dónde está el cuerpo?
- ¿Tú eres Joel Paredes?
- ¿Dónde está?
- Allá está, allá está.

*(Los actores salen junto con Maru y regresan cantando y cargando a Joél el cual trae una túnica blanca y la cara tal vez pintada de blanco, pero que se reconozca que es Joel. Cesa el fondo a contrabajo).*

JOEL:

Yo soy Joél Paredes, mi alma está conmigo.

ACTORES: ad. lib.

- Por fin lo hallamos
- Estaba cerca de una barda
- Creyeron que no lo encontraríamos
- Aquí está Joél con su alma.

*(Entran violentamente los vigías Uno y Dos, comandados ahora por el gerente el cual trae puestos la gorra y la chamarra de el Sargent. El gerente procurará no ser reconocido sino hasta más tarde).*

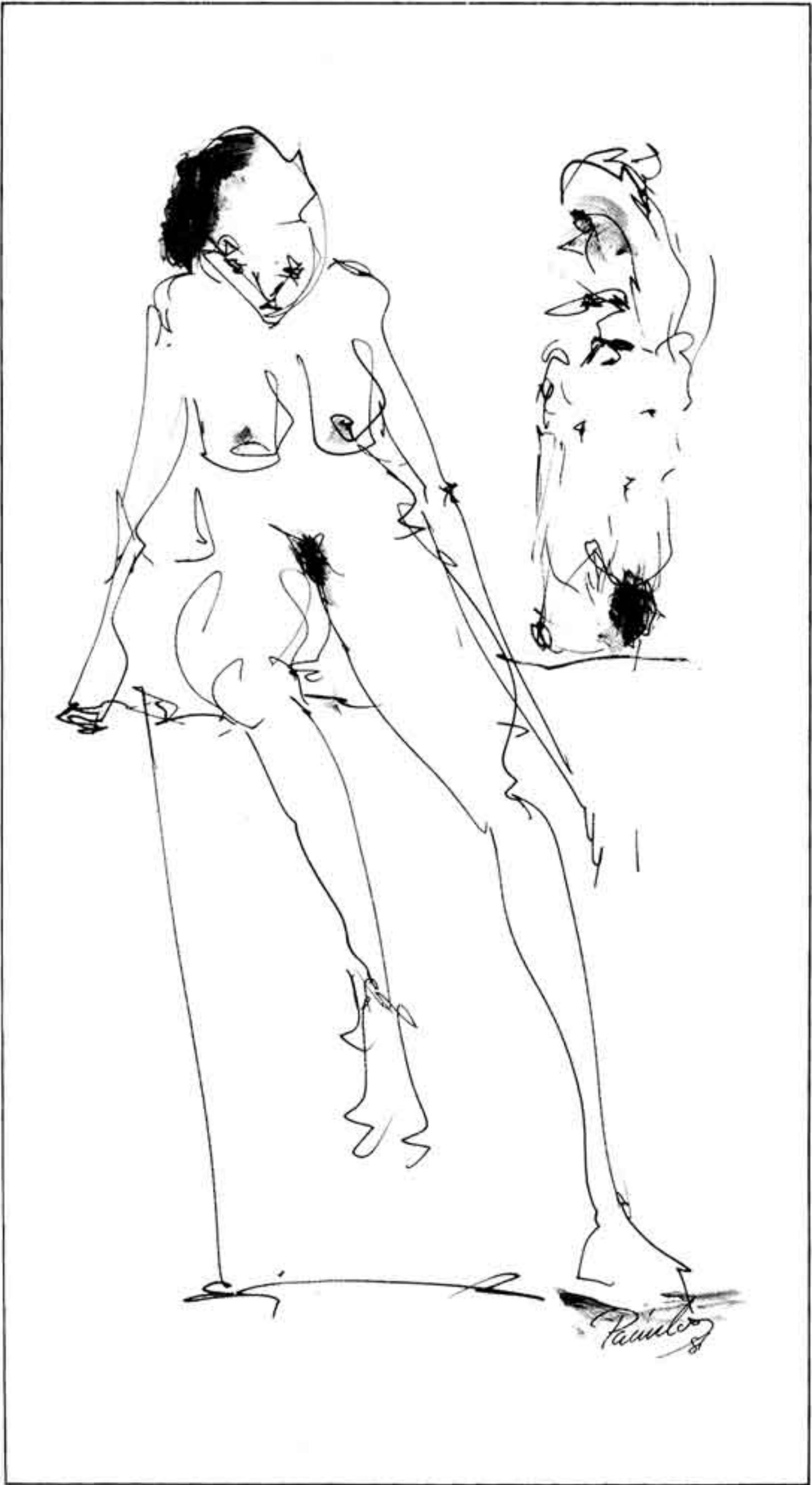
GERENTE:

Me los barren a todos. *(Los vigías descargan sus armas contra el grupo. Unos caen y otros salen por el lado opuesto. El gerente, con su sonrisa que lo ha caracterizado en la obra, sonríe al público quitándose la gorra. Salen).* Un, dos, un, dos. *(Entra el alma y mira al grupo derribado. En tanto, baja un cable de la parrilla y sube llevándose al alma).*

ALMA:

*(Al público, mientras sube hasta desaparecer).* Eso que vieron es lo que pasó, es lo que quería contarles. Por eso ando como alma en pena. Pero Joel volverá. Ustedes deben ayudarnos a encontrarlo.

F I N



3er LUGAR

EL CUERVO Y EL ZOPILOTE

FARSA

*por Claudio P. Castro Campillo*

Obra teatral en un acto original de: "*Un Cuenta-cuentos*".

*PERSONAJES:*

*Hombre*

*Reloj Cu-cú*

*Mimo*

*Mima*

*Actriz o cantante*

*Máscara 1 (Posteriormente Buitre o Zopilote)*

*Máscara 2 (Posteriormente Cuervo)*

## ESCENOGRAFIA

Cámara negra, un esquemático árbol practicable y una especie de jaula de madera o cuerdas con capacidad para una persona.

## VESTUARIO

Para el Hombre un taparrabo. Disfraz de Cu-cú para el actor, con carátula, manecillas y ave —las pesas son prescindibles—. El resto empleará mallas.

## EL CUERVO Y EL ZOPILOTE

*Farsa*

*Al correrse el telón el escenario está en cámara negra y un sólo cenital sobre un actor dormido. El reloj Cu-cú cruza por el patio de butacas, sube al escenario y sale por un lateral. Entran a escena dos mimos. El representa a un burócrata en la oficina y Ella a una ama de casa en su hogar, cada uno por separado. Se aproximarán para una pantomima conyugal: él desayuna leyendo el periódico, ella gesticula y se acaricia remarcando su soledad e insatisfacción. Al término salen los dos, el reloj se instala en escena y el dormido se despabila. Aumenta la luz.*

HOMBRE:

*(Extrañado)*. . . Je, qué extraños son los sueños. . . Estaba soñando, soñándome con ella, digo, dentro de mi sueño la soñaba mi otro yo y era casi táctil, podría haber tocado sus respiraciones. . . Estaba sobre su vientre, cubriéndola y al mismo tiempo. . . sin cubrirla. Ella estaba sola, sin amante, como siempre; pero ambos gemíamos. Luego descansamos, las piernas entrelazadas y el sexo, un río reseco. Sólo volvíamos a ser una pareja yerna, yaciente en espera de la inundación floresciente; pero siempre esperando. ¿Por qué nosotros?

*(Una actriz entra a escena y canta acompañándose con la guitarra)*

Esta historia sólo cuenta  
de un hombre y una mujer,  
de una pareja cualquiera  
que tú o yo  
podríamos hacer.

La historia de una pareja  
que tú o yo  
podríamos tener.

Es algo que en cualquier tarde  
puede suceder.

*(La cantante sale de escena)*

*(El reloj da tres llamadas y sale de escena. El hombre se inmoviliza. Entra un actor con una máscara semi humana y construye una especie de prisión*

*alrededor del Hombre. El enmascarado sale. Otro actor con una máscara semejante mete un árbol esquemático practicable y sale para regresar cargado de máscaras y pelucas de diversas épocas. Manteniendo un ritmo litúrgico adorna sucesivamente al Hombre con ellas, con lo que el Hombre recupera su movilización).*

HOMBRE:

¿Terminaste?

MASCARA:

Sí.

HOMBRE:

Es extraño. . . ¿arreglaste alguna?

MASCARA:

No.

HOMBRE:

¡Qué extraño! Algunas son extraordinariamente viejas y por lo menos debería apretarme y nada.

MASCARA:

La careta que usas ahora es elástica, se adapta a las otras.

HOMBRE:

De todos modos es extraño. Bueno, creo que dormiré aquí adentro. Parece confortable. *(Lo hace).*

*(El enmascarado se coloca una sobre careta con aspecto de cuervo. El otro entra con una que representa a un zopilote. Le siguen el reloj y los mimos. Estos últimos se congelan. El cuervo sube al árbol).*

BUITRE:

¿Qué haces?

CUERVO:

Velo.

BUITRE:

*(Acercándose al montón de pelucas y máscaras).* ¿Esto? Vaya, qué horrible destazadero. Y ¿de quién es?

CUERVO:

De aquél. *(Señalando al dormido).*

BUITRE:

*(Acercándose al Hombre).* Parece que está muerto.

CUERVO:

Idiota, la deformación profesional sólo te deja ver cadáveres. Sólo duerme.

BUITRE:

Vaya. Así que ahora eres una especie de guardián y vigilas esto. *(Agarra una peluca).*

CUERVO:

(*Grazna furioso*). Deja eso.

BUITRE:

Qué sonoridad. Ya cállate, ya lo solté. Sólo preguntaba. Y, ¿te paga algo?

CUERVO:

Nada, es un favor. Nosotros jamás hemos trabajado. Mi especie no vende su esfuerzo; no se vende a sí misma. Tiene ciervos que suden por ella.

BUITRE:

Tuvo, mi amigo, tuvo. Eso ya pasó a la historia.

CUERVO:

Aléjate de ahí, no me gustan tus intenciones. (*Aparte*). Cómo son desagradables las clases trabajadoras.

BUITRE:

Lo mismo digo.

CUERVO:

No hagas el payaso y retírate. Es inútil que se te haga agua la boca, todo tiene dueño y éste no ha muerto.

BUITRE:

¿Ah, sí? Pues me vale madre, yo lo quiero. Será mía tanta delicia.

CUERVO:

¿Lo dices en serio?

BUITRE:

(*Se acerca a la utilería*). ¡Claro!

CUERVO:

(*Aletea amenazador desde el árbol*). Miserable capataz ulceroso, no toques nada. Aquel me lo encargó.

BUITRE:

¡Mierda con tu sonoridad! Y a todo este jেলengue ¿quién es?

CUERVO:

Qué importa, uno de tantos, un hombre cualquiera.

BUITRE:

(*Junto al dormido*). Babea como un bendito, ve. Se nota que nunca ha tenido que labrar su destino pasando sobre la espalda de los demás, luchar por un plato de mendrugos y construir a puro corazón su imperio. . . Míralo nomás. . . Andale, ronca infeliz, que tu sonoridad te acompañe. Nunca te enfrentarás a los sindicatos. . . En fin, no es el momento. . . ¿Qué demonios es tanto destazadero?

CUERVO:

Eshmm. . . pues. . . Historia.

BUITRE:

Entonces se come.

CUERVO:

¿Hablas en serio?

BUITRE:

¿Algún pero?

CUERVO:

¡Claro!

BUITRE:

¡Qué pena! Y déjate de sonoridades, te vas a fregar la garganta.

CUERVO:

¡Espérate!

BUITRE:

¡Madres!

*(El reloj da varias llamadas).*

BUITRE:

¿Y eso?

CUERVO:

Un Cu-cú.

BUITRE:

¿Pero, por qué escandaliza?

CUERVO:

No lo hace a propósito, sólo da la hora.

BUITRE:

¡Ah! ¿En qué estábamos? Ya tengo hambre.

CUERVO:

Pero te puedes morir.

BUITRE:

¿Eh?

CUERVO:

Es demasiado vieja.

BUITRE:

Y qué. La carroña mientras más vieja más blanda.

CUERVO:

Quiero decir, demasiado fresca.

BUITRE:

Mejor, todavía tibiecita.

CUERVO:

Piensa, desentierra el cerebro. Te vas a comer a tí mismo.

BUITRE:

¿Qué? ¿No me dijiste que todo esto es de ese dormilón!

CUERVO:

Sí.

BUITRE:

¿Entonces?

CUERVO:

Sería más que canibalismo. Es un volver a los tiempos mitológicos en que los padres devoraban a sus hijos.

BUITRE:

Me lleva la mierda. No entiendo nada.

CUERVO:

Es heredero de tu sangre.

BUITRE:

¡Que absurda sonoridad! Debería ir al sicoanalista en lugar de oírte.

CUERVO:

Es como un hijo tuyo, nació el mismo día en que dejaste de arar mis tierras.

BUITRE:

¡Ah! Ahora sí; pero en todo caso él no me interesa, sino estas mugres.

CUERVO:

Es que él y sus cosas son lo mismo.

BUITRE:

¿Qué?

CUERVO:

Son lo que él ha sido. . . Cómo explicarte. . . Si te quitaran tu fábrica, ¿no sería como si te amputaran los brazos?

BUITRE:

Sí, pero. . .

CUERVO:

Ahí tienes, es lo mismo.

BUITRE:

Creo que ya entendí, pero vámonos despacio. (*Agarra una peluca versallesca.*) Qué es.

CUERVO:

Ya te he dicho que. . .



BUITRE:

¡Y ya oí tus sonoras estupideces! Y es suficiente. Ahora será mejor que tú me oigas. ¿Por qué debo respetar sus cosas, sólo porque apareció conmigo en la Bastilla?

CUERVO:

Exacto.

BUITRE:

No seas pendejo. Ese no es como yo, trata de imitarme sin lograrlo. Y en todo caso el grande siempre se come al chico.

CUERVO:

No es ninguna novedad; pero si te comes eso, lo empequeñecerás hasta desaparecerlo, con lo que no tendrás ya más admiradores, más bebedores de tus sueños.

BUITRE:

¿Y tú? ¿Y los piojos que traigo entre las plumas que trabajan para mí devorando a mis parásitos?

CUERVO:

Esos. . . no sé, no los conozco. Hablo del dormido. Yo soy una especie de fantasma de la historia. Mi tiempo se acabó hace mucho.

*(Los pajarracos se congelan, el reloj suena trece veces y los mimos se reaniman para realizar la caída de la Bastilla. La iluminación es rojiza, el fondo musical la Marsellesa mezclada con gritos de Igualdad, Fraternidad y Libertad. Al término de la pantomima los mimos adoptan posición de cariátides y el dormido despierta.)*

HOMBRE:

Me sueño dentro de otro sueño y ahí está ella, tez pálida y pubis de bendiciones líquidas, vertedor del grito solitario de mi vientre. Me despierto en el sueño y ella continúa durmiendo a mi lado con el pubis públicamente cubierto. Vuelvo a dormir. Ella se va, siento su hueco en la cama y no puedo hacer nada. Afuera de ese sueño, en éste, en el de los despertares de autobús, tarjeta checadora, hipotecas y vacaciones diferidas, sigo dormido. En aquel la soñé, en éste permanezco solo, naufrago en las calles. Y aunque en el otro quise detenerla, en éste duermo, duermo. . . *(Vuelve a echarse.)*

*(Los mimos se aproximan eróticamente. A punto de tocarse pasan de largo. Se congelan de nuevo. El cuervo baja del árbol y reacomoda la utilería, sin perder de vista al buitre. El reloj suena varias veces).*

BUITRE:

¿Lo oíste?

CUERVO:

Es un reloj.

BUITRE:

Pendejo. . . ¡Qué sonoridad tan pura!

CUERVO:

Pobre viejo no pudiste más, te faltó solera. Te lo dije, todo en este mundo es cuestión de herencia.

BUITRE:

¡Qué pureza de sonido!

CUERVO:

¿Te recomiendo mi sicoanalista?

BUITRE:

¡La mierda!

*(El reloj repite las llamadas).*

BUITRE:

¿Te das cuenta?

CUERVO:

Pero si es un miserable reloj de Cu-cú, una máquina que mide al tiempo, sólo eso.

BUITRE:

¿Quieres decirme que el tiempo no significa nada, que no hemos llevado a todos ustedes a la guillotina y la bella Lousette no les ha rebanado el pescuezo? ¿Quieres decir que todo sigue igual, que no perseguimos la nobleza de toga a condesas y duquesitas por los jardines de Fointanebleu?

*(Los mimos realizan persecución, violación y degollamiento con fondo de Marsellesa y gritería de Libertad, Fraternidad e Igualdad. Al finalizar retoman su posición de cariátides).*

BUITRE:

*(Sobándose el sexo).* Fue fantástico. . . Mejor que ahora con las obreritas, por Dios que sí.

CUERVO:

Me das pena. Jamás dije algo parecido. Ese reloj mide el tiempo, no lo es, ¿entiendes? Eres un pobre diablo ignorante.

BUITRE:

Tú que lo sabes todo, sonoro cuervo, dime: ¿mi cuna tiene que ver con la uva, tuba, luna, luna, duna?

CUERVO:

No tiene caso. El tiempo es el tiempo, un reloj un reloj y un pendejo un pendejo.

BUITRE:

¡Mierda! Me meo en tí, el tiempo y en los relojes.

CUERVO:

Felicidades.

BUITRE:  
Fíjate.

*(Persigue al reloj. Ambos salen de escena. En off el reloj suena desorganizadamente. Los mimos representan el mecanismo del reloj. El buitre regresa y los mimos se congelan).*

BUITRE:  
¿Oíste? Lo hice mierda.

CUERVO:  
*(Burlón)*. ¿Lastimaste al Cu-cú?

BUITRE:  
No mucho, corrió. En realidad es un miedoso. . . Pero no te burles, a tí te alcanzó fácil.

CUERVO:  
¿Te das cuenta? Ni siquiera pudiste alcanzar a una maquinita que da la hora. Nadie detiene la historia, es decir, al tiempo.

*(El Cu-cú suena varias veces en off).*

BUITRE:  
Ahoritita regreso con esa fragadera. *(Sale)*.

*(El cuervo se congela. Los mimos ilustrarán el texto del Hombre).*

HOMBRE:  
Mientras dormía soñándome con ella todo estaba quieto en nuestras relaciones cotidianas. Ella sola con su vientre tan nuestro. Yo en su sexo cubriéndola, cubriendo nada. He estado en ella dejándome tocar por su humedad; haciéndonos un sólo pubis y bebiendo entre sus piernas espuma de sol y sin embargo, nadie la ha acompañado en sus noches amatorias, nadie la ha explorado. Dormimos juntos, las piernas entrelazadas, los sexos satisfechos. . . sobre una sábana de sal, erial blanco y extenso con dos rocas que sobresalen. Somos piedra y así permanecemos.

*(La actriz entra por público a cantar).*

Esta historia sólo cuenta  
de un hombre y una mujer,  
de una pareja cualquiera  
que tú o yo  
podríamos hacer.

La historia de una pareja  
que tú o yo podríamos tener.

Es algo que cualquier tarde  
puede suceder. *(Sale)*

*(El hombre se desata, baja a público y las luces de sala se encienden. Los mimos reproducen su discurso).*

HOMBRE:

Abro el clóset y sus pañales desechables, cajas enteras, me preguntan. La ropa de mi mujer y la mía cuelgan como telón de un teatro vacío, sobre el eco de las telarañas. ¿Por qué nos castigan así? ¿Por qué a nosotros? *(Vuelve al escenario)*. Entre ella y yo la sábana como otro amante. Parece que en lugar de amar a mi mujer eyaculo sobre el trapo, mientras a ella la cabalga un nudo de tela. Soy parte de su cuerpo, mis manos se han modelado siguiendo su figura. Con mi miembro entre su sexo como un pincel, dibuja constante una búsqueda, pero al despertar del sueño no hay nada. Cuántas consultas médicas y los mismos consejos, las mismas cápsulas. Aún estamos probando.

*(El buitre entra a escena. Los mimos representan la escena conyugal inicial.)*

HOMBRE:

Parece mentira que una pareja respetuosa de la ley se consuma inútil, con el cuartito para el niño en el condominio acumulando polvo. Estamos sanos. Lo hemos probado al luchar desde abajo, superándonos para lograr un lugar en la vida y un espacio compartido en Acapulco y sin embargo, seguimos estériles.

PAJAROS:

Seguimos estériles.

HOMBRE:

¿Quién me imita?

PAJAROS:

¿Qué quién te imita?

ZOPILOTE:

Nadie. Tú eres la copia, una insípida sombra aplastada en cada uno de los múltiples reflejos de una vida hipotecada. En los reflejos imitas una sanidad que adquieres en el mercado al lado del confort. Deja de lamentarte.

HOMBRE:

Dejé de hacerlo hace tiempo.

CUERPO:

*(Al zopilote)*. ¿Y el reloj? Al hombre. Los dos sabemos que mis huesos se hacinan en cementerios familiares; pero también sabemos que eso de cohabitar sencillamente se acabó, ya no hay derecho de pernada. No eres su amo.

HOMBRE:

¿Y, quién es amo de quién? Ambos nacimos en julio. Mi canción de cuna fue los gritos de ése: Igualdad, Fraternidad y Libertad.

CUERVO:

Lo sé. Aquí y ahora nadie te imita. Eres un puro eco embarrancado, una reverberancia de algo que se originó lejos y que ni siquiera conoces. Deliras. Verdaderamente nadie te imita.

*(Los actores se reúnen para formar un grupo de ventrílocuos donde todos son muñecos y manejadores simultáneamente).*

LOS TRES:

*(Parodiando al ventrílocuo).* Nuestros amigos quieren saber quién eres.

LOS TRES:

*(Parodiando al muñeco).* Soy el usuario del espacio civilizado donde me apretujo repitiéndome tanto que ya no me reconozco.

LOS TRES:

*(Como ventrílocuo.)* ¡Qué grosero eres! Mejor cántame una canción.

*(El grupo se desintegra para iniciar una danza grotesca en la que intercambian caretas y actividades).*

LOS TRES:

Esta historia sólo cuenta  
una historia de amor.  
El amor de una pareja  
que una tarde se encontró.  
Es tan simple, tan serena  
como todas las de amor.

*(El Cu-cú entra a escena y da tres llamadas. El Hombre se congela).*

BUITRE:

¡Con una chingada! ¡Esa sonoridad no la guardo dentro de mí, ni en la tuba, duda, uva! ¡Está afuera, nos engloba a todos!

CUERVO:

Al fin lo entendiste.

ZOPILOTE:

Cuando hay sonoridad las cosas cambian. *(Simula picotear aire y tragar).*

CUERVO:

¿Se puede saber qué comes?

MIMO:

Pásame el jamón, ¿quieres?

MIMA:

Martita está gravísima, se enterró una espina en las aletas.

BUITRE:

*(Eructa).*

CUERVO:

¡Si no hay nada!

ZOPILOTE:

La nada no existe compadre.

CUERVO:

¿No tienes fiebre?

MIMO:

Los jilgueros blanquearon.

MIMA:

Tengo una de medias que zurcir.

ZOPILOTE:

No, en absoluto. Acompáñame a comer. Esto está para escurrir saliva, mira el mejor pedazo para tí. *(Le ofrece aire con el pico).*

MIMO:

¿Me pasas el jamón por favor?

CUERVO:

*(Le pica un ojo).* ¡Déjate de burlas!

MIMA:

Martita está bien mala, se le atoró una espina entre las aletas.

*(El Cu-cú sale, sólo se escucha el mecanismo sin el canto del pájaro).*

BUITRE:

¡Ya chingué! La mierda, la muerte que yo comía la tienes ahora tú. Mi carne es carne de carne. Pronto mis gusanos se apoderarán de tí.

CUERVO:

¡Mientes!

BUITRE:

Te gustó, ¿no es cierto? Blando, jugoso, dulzón. . . Así son los cadáveres.

*(Los pájaros se congelan. Los mimos se acercan para acompañar el texto del hombre).*

MIMA:

Tengo mucha hambre.

MIMO:

Hay muchas medias que zurcir.

*(Comienzan la pantomima).*

HOMBRE:

Sus piernas de onix me encierran. Recorro su círculo pulido. Nos esculpimos en una pieza sudorosa que gime, se agiganta y se contrae atrapando al aire. Sin distanciarnos en la cama nos alejamos, cada uno envoltorio de sí mismo, nos escurrimos son percepción de nuestras personas encerrados en un sueño.

*(Oscuro total. Los mimos usarán guantes blancos y se cubrirán la cara. Luz negra. Las manos enguantadas acompañarán el resto del parlamento.)*

HOMBRE:

Los cuerpos siguen unidos, corolario de algo que no fue. Saltamos a otro amanecer neblinoso filtrándonos a través de la manta, soldificándonos en las noches idénticas que saboreamos como una nata de pesadumbre antes de intentarlo otra vez.

LOS MIMOS:

Para intentarlo una y otra vez.

*(Luz normal. Los mimos vuelven a la escena conyugal. El cuervo agoniza. El Hombre regresa a la prisión).*

CUERVO:

¡Miserable!

ZOPILOTE:

*(Se echa sobre el cuervo).* Ya muérete carajo.

HOMBRE:

Siento que algo me corre, como si de golpe hubiera desaparecido el quiste que me tapaba a la vida. *(El cuervo aletea moribundo).* Parece aletear aferrándose a una vida que va en contra de mis deseos.

*(La pareja de mimos comienza una rutina erótica. El cuervo muere, el zopilote lo picotea y arrastra fuera de escena. El Hombre se libera y sale de escena. La sexualidad de los mimos se hace rutinaria, grotesca. El buitre entra a escena, una luz lateral proyecta enorme su sombra sobre el escenario. El hombre entra y se coloca a la sombra del pajarraco. Los mimos acompañan su texto.)*

HOMBRE:

Fue peor, ahora no siquiera nos pudimos mirar. Envejecidos mientras le cantábamos a nuestras arrugas para arrullar el hueco de un deseo que hace mucho olvidamos. Sé que busqué algo. . . algo que conocía, he olvidado qué y sin embargo, sigo buscando mientras arrullo el hueco de mis arrugas.

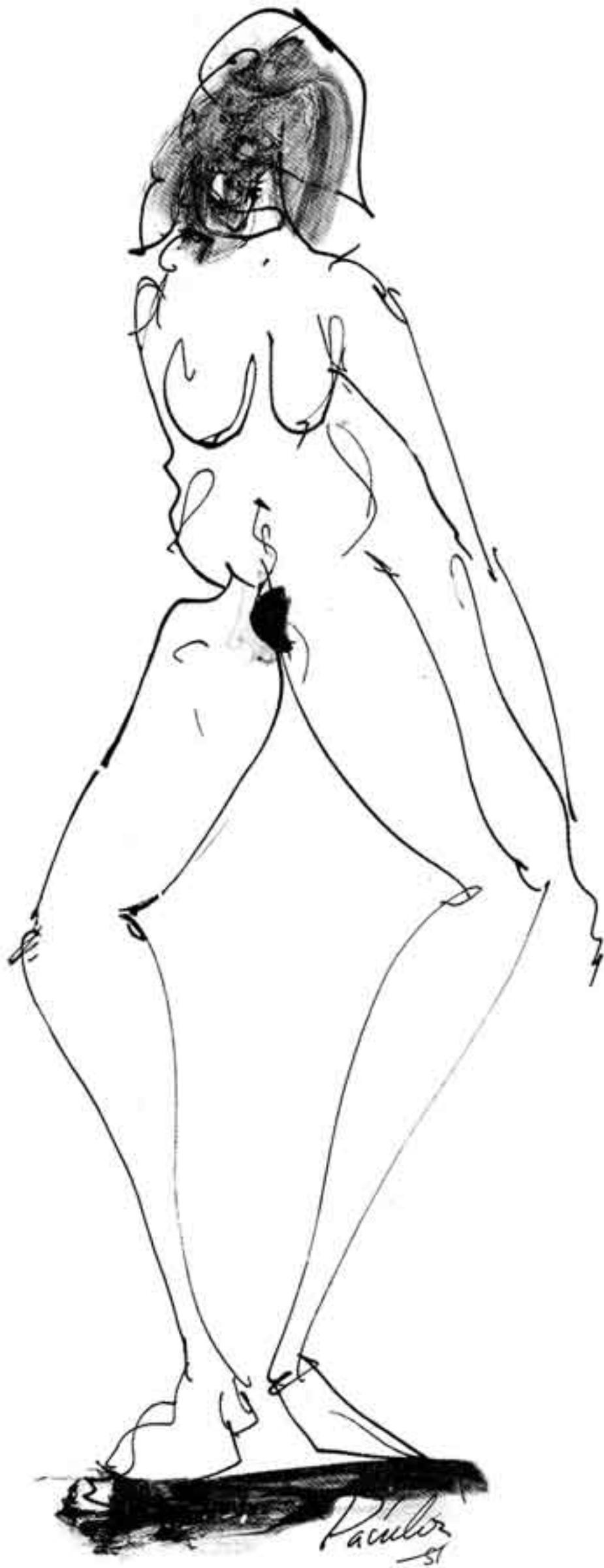
*(Se acurruca a la sombra del zopilote. Los mimos se congelan como cariátides y el buitre canta. Entra la cantante y se echa junto al hombre).*

BUITRE:

“Este es el vals  
que canta un rey  
para dormir  
a su bebé. . .”. Etcétera.

F I N





La edición de 2,000 ejemplares, se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 1981, en los talleres de EDITORES E IMPRESORES FOC, S. A. 5 de febrero Col. Algarín. México, D. F.